



La política en el espejo

Fábulas sobre temas humanos de todos los tiempos.

Un proyecto de Alicia Peñaranda y la Fundación Konrad Adenauer

LA
POPLI
TOLOGA

KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG

La política en el espejo

Fábulas sobre temas humanos de todos los tiempos.

Un proyecto de Alicia Peñaranda y
la Fundación Konrad Adenauer

LA
POPLI
TOLOGA

 KONRAD
ADENAUER
STIFTUNG

La política en el espejo

Fábulas sobre temas humanos de todos los tiempos.

Un proyecto de Alicia Peñaranda y la Fundación Konrad Adenauer.

2020, Fundación Konrad Adenauer, KAS,
Calle 93B # 18-12 Piso 7 (+57 1) 743 09 47
Bogotá D.C. Colombia
www.kas.de/web/kolumbien

Dirección creativa y editorial:
Alicia Peñaranda Fernández

Editores:
Stefan Reith. Representante KAS Colombia
Maria Paula León. Coordinadora de proyectos KAS Colombia

Textos:
Lucas Vargas Sierra

Diseño, diagramación e ilustración:
Daniela Hoyos

Investigación y corrección de estilo:
AP Consultoría

Impreso por:
Opcionesgráficas
www.opcionesgraficas.com
instagram: @opcioneseditores
(+57 1) 237 2383
Bogotá D.C., Colombia

Esta publicación se realizó gracias a la cooperación entre la Fundación Konrad Adenauer, KAS y la politóloga y magíster en Comunicación Política Alicia Peñaranda Fernández.

© Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción, la comunicación pública total o parcial y la distribución, sin la autorización previa y expresa de los titulares.

Primera edición, marzo de 2021

ISBN: 978-958-53147-0-2

www.lapoliticaenelespejo.com

Los textos que aquí se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento ni la posición de la Fundación Konrad Adenauer, KAS.



Autores



Alicia Peñaranda Fernández

Nació en Santa Marta, Colombia, es politóloga de la Universidad EAFIT y magíster en Estudios Avanzados de Comunicación Política de la Universidad Complutense de Madrid. Es consultora de comunicación y asuntos públicos con más de diez años de experiencia en proyectos de formación y asesoría a campañas, gobiernos y líderes políticos del orden nacional e internacional. Además es investigadora, profesora, amante de las letras, el arte y la creatividad.



Fundacion Konrad Adenauer

Es una fundación política cuya misión y visión están orientadas a que las personas en todo el mundo puedan vivir en libertad y con dignidad. Está presente en más de 120 países, en los que trabaja en alianza con instituciones estatales, organizaciones sociales, partidos políticos y grupos ciudadanos, con el objetivo de fomentar la democracia, el estado de derecho y la economía social de mercado.

Índice

Prólogo	6
Introducción	7
Capítulo 1. La primera biblioteca voladora (De la política y la literatura).....	8-16
Capítulo 2. Estanque Cinema presenta (De la política y el cine).....	17-25
Capítulo 3. Sopa de todo lo verde (De la política y la cocina).....	26-34
Capítulo 4. Alí y el universo extraordinario (De la política y el cómic).....	35-42
Capítulo 5. La presa monumental (De la política y la ciudad).....	43-51
Capítulo 6. Un campo lleno de margaritas (De la política y la familia).....	52-60
Capítulo 7. Retratos del bosque entero (De la política y el arte).....	61-69
Capítulo 8. Consejería anfibia (De la política y la amistad).....	70-78
Capítulo 9. Liberar la pelota (De la política y el deporte).....	79-86
Capítulo 10. La luz del mundo (De la política y el amor).....	87-95
Capítulo 11. El hilo invisible (De la política y la moda).....	96-104
Capítulo 12. Instrucciones para escribir una fábula (De la política y los animales).....	105-111

Prólogo

Durante este año la Fundación Konrad Adenauer tuvo la oportunidad de experimentar con nuevos formatos y nuevas maneras de trabajar por el fortalecimiento de la democracia en Colombia. En esta búsqueda coincidimos con Alicia Peñaranda, politóloga detrás de la Poplitóloga, con quien nos aliamos para sacar adelante *La política en el espejo*. Como producto inicial de ese proyecto, lanzamos juntos nuestro primer pódcast.

Ahora, este libro, al igual que los episodios que publicamos, evidencia la importancia de la política, no desde conceptos teóricos complejos y formales, sino como un asunto que hace parte de la vida cotidiana de todos. A lo largo de sus 12 capítulos se abordan temas como la literatura, el deporte, el arte, la amistad y la familia, en los que el individuo cobra un valor trascendental y, a través de reflexiones privadas, tanto del lector como de los personajes, se llega a la comprensión de procesos sociales y comunitarios en los que la política se hace tan relevante.

La política en el espejo está escrito a manera de fábula, lo que podría enmarcarlo como un libro para niños. Sin embargo, la composición literaria es una mera disculpa para que, de una manera desprevenida, jóvenes y adultos se aventuren a salir de los formatos habituales y le abran paso a nuevas aproximaciones sobre conceptos tradicionales de la vida ciudadana.

Con frecuencia la política se asocia con conceptos negativos como la corrupción, el clientelismo, la falta de representatividad, la desconfianza o la deshonestidad; una mala impresión que ha llevado a que algunas personas manifiesten rechazo o incluso se lleguen a calificar como “apolíticos”. Este libro está dirigido a esos que dicen no saber, no estar interesados o no tener nada que ver con la política, y pretende demostrar por qué la política se parece a más cosas de las que pensamos.



Stefan Reith
Representante en Colombia
Fundación Konrad Adenauer

Introducción

Algunos piensan que la política es tema de unos pocos; solo de unos cuantos interesados en gobernar y en ser elegidos. Pero la política es mucho más que esto: es el eje de la vida en comunidad, todo aquello que hacemos y que tiene incidencia en los demás. Escribir libros es un ejemplo de que la política no solo se hace desde las urnas.

Cultivar la opinión y crear contenidos pedagógicos es otra forma. Por esto, con este proyecto denominado *La política en el espejo* (que en un primer momento fue una temporada de pódcast y que ahora se presenta en un libro de fábulas y actividades), proponemos un encuentro activo, reconciliador y cercano con la política, mientras buscamos su reflejo en el amor, en el deporte, en la familia, en la amistad y en otros temas humanos de todos los tiempos.

Creemos que la política se parece a más cosas de las que pensamos. Con estas 12 fábulas y sus protagonistas, invitamos al lector a recordar que hacemos política cuando decidimos juntos, cuando preservamos el patrimonio, cuando nos cuidamos, cuando planeamos un futuro común; y también cuando cocinamos, cuando leemos, cuando nos vestimos, incluso cuando practicamos deportes o comemos en familia.

Desde la mirada de los animales es divertido aprender: a través de las fábulas la complejidad de los temas se hace cercana y

permite, entonces, una reflexión más cotidiana, desprovista de los prejuicios que, en ocasiones, solemos poner alrededor de las conversaciones importantes. Estas 12 historias plantean que el ejercicio del poder es amplio, que no solo los gobernantes lo detentan y que cada ser vivo importa, por eso, los protagonistas de estas fábulas tienen personalidad, sueños, una propuesta concreta para su comunidad y una historia memorable.

En este libro reflexionamos junto a ellos. La intención es que, luego de recorrer los capítulos y realizar las actividades, los lectores sigan hablando de política cada vez más desde su cotidianidad.

Tanto en la literatura como en la política nos inventamos maneras de estar juntos y de narrarnos juntos, y este libro busca ser un camino de enseñanza, de reflexión y debate en nuevas audiencias. Un camino para recordar que leer, soñar e imaginar también pueden ser acciones políticas (que quizá sean, incluso, la esencia misma de lo humano)



Alicia Peñaranda Fernández.

@LaPolítica

“ Si nos preocupa perdurar, ser recordados, haríamos bien en detenernos a considerar cómo convertirnos en narraciones inolvidables ”.

Episodio *Política y literatura*.
Pódcast *La política en el espejo*.

Capítulo 1

La primera biblioteca voladora

De la política y la literatura

Incluso si hace mucho no leemos un libro, todos tenemos un lector dentro, una versión miniatura de nosotros a la que le encanta escuchar historias. Es cuestión de buscarlo, de animarlo. Leer abre posibilidades que la política necesita, y la literatura ofrece esa magia que la cotidianidad añora.

Además, la relación que tenemos con nuestros libros habla mucho de la forma en que nos relacionamos con otras cosas; la manera en la que conseguimos, cuidamos y almacenamos nuestros libros nos ayuda a conocernos. Se ha dicho que prestar un libro es perderlo. Se ha dicho que hablar de política

con amigos es perderlos. Lo nuevo sobre esto es que ninguna de las dos cosas es cierta cuando se hace desde la libertad, desde el desprendimiento y desde el cariño por las personas: prestar libros y hablar sobre temas polémicos no se convertirá en un obstáculo sino en una oportunidad.

Esta fábula intenta mostrar una nueva cara de esos tesoros que guardamos. Probar que los libros, como las ideas políticas, los argumentos y los sueños, se disfrutan más cuando se comparten. Y adquieren más valor cuando se dejan volar.

Actividades para antes de leer

Mapa de libros leídos (y personas recordadas)

Aprovecha la elaboración de la lista para escribir o llamar a los amigos de la última columna y hacerles la recomendación.

Título del libro	Autor	Año en que lo leí	A qué amigo me recuerda

Capítulo 1

La primera biblioteca voladora

Un día el búho decidió desperdigar su biblioteca. Durante sus visitas de los domingos, las demás aves lectoras miraron con sospecha y luego con temor, cómo los anaqueles de la casa del búho, repisas soberbias en madera labrada con volúmenes viejos y nuevos y escasos y muy leídos, iban quedando vacíos, mientras día a día, semana a semana, el propietario de los tomos salía de casa con un par en la bolsa y regresaba con la bolsa vacía o cargada de flores que recogía en el camino de vuelta.

Eventualmente alguien se atrevió a preguntar qué estaba ocurriendo, a dónde iban a parar los libros que dejaban ese abrumador espacio vacío en la biblioteca antes llena. ¿Acaso necesitaban una nueva encuadernación y por eso los estaba retirando uno a uno para llevarlos donde los expertos restauradores?, ¿o acaso el búho había descubierto por fin que a las paredes de su casa no les cabía un libro más y por ese motivo

había empezado un lento pero gustoso traslado de su biblioteca a otro espacio más amplio al que las aves del club lector serían convidadas, previa invitación escrita en la prístina caligrafía del búho, cuando todo estuviera en su sitio, cuidadosamente ordenado, bellamente lleno de libros desde el zócalo hasta el techo?

Ante la curiosidad de las pupilas que le observaban desbordadas, el búho se limitó a soltar una brevísima carcajada y a negar suavemente antes de retomar la conversación sobre la última novela del zorro. Se sentía feliz de saber que, a su edad, todavía era capaz de causar sorpresa, y se regodeaba al imaginar lo que ocurriría una vez las demás aves del club lector se enteraran del destino de sus libros, sus apreciados libros, sus muy queridos libros. Ya llegaría ese día. Por ahora, daba gusto escuchar a la golondrina, que insistía, con el fuego que solo la verdadera pasión despierta (esa cuyo centro es el amor y cuyo destino es compartirlo), que esa novela era lo mejor que el zorro había

escrito, y quizás lo mejor que cualquiera había escrito en el bosque en los últimos veinte años.

La golondrina acariciaba el lomo de su ejemplar mientras hablaba de los personajes, de la construcción de la historia, de lo mucho que había significado para ella un cierto fragmento en la página 293 que en cuatro líneas certeras la había hecho sentir menos sola. De todas las aves miembros del club lector, la golondrina tenía especial aprecio a ese espacio: allí había encontrado, finalmente, un lugar para encontrarse con sus iguales, con otras que como ella sentían aligerarse las horas sumergidas en los



vientos de la ficción, y aprendían de las historias nuevas formas, distintas formas, diferentes formas de asumir el mundo del bosque e incluso el mundo más allá del bosque. Era, también, quien más curiosidad sentía sobre la desaparición de los libros del búho, y por las maravillosas coincidencias de las fábulas, fue ella la primera en resolver el misterio.

Una mañana, mientras volaba bajo y lento camino al trabajo, dándole vueltas a un verso, , reconoció, sobre una roca del camino de los topos, el brillo inconfundible de las letras doradas de la colección de clásicos del búho. Detuvo su vuelo, aterrizó frente al libro y corroboró su sospecha. Se trataba de *Crónica del gran incendio oriental*, uno de los libros de historia que contenía la narración poética del incendio que había arrasado el oriente del bosque y cómo con el trabajo de todas las especies (las que vuelan, las que trepan, las que reptan, las que nadan, las que duermen...) las llamas se habían detenido. Era, sin lugar a dudas, el ejemplar del búho, pues nadie más en el bosque tenía ni ese ni ningún otro de la colección de clásicos. Además estaba en perfecto estado, y el búho se distinguía, como ella misma (lo pensó con orgullo), por el cuidado con que trataba sus libros.

Pensó en un par de posibilidades. Quizás el búho, ya tan adulto (no se permitía pensarlo como a un viejo), había empezado a perder la memoria y había olvidado el libro allí. Por suerte estaba bien puesto en la roca y resguardado de la lluvia y la humedad. Lo cogió con reverencia, abrió su bolsa y lo acomodó con cuidado

junto a su ejemplar de la última novela del zorro (no se desprendía de esta por si necesitaba volver a leer algún fragmento a lo largo del día). Decidió faltar al trabajo para devolverle su libro al búho, así de urgente se le presentaba su tarea. Levantó vuelo y recorrió las nubes que la separaban de la casa de este tan rápido como pudo.

No lo encontró en casa, aunque la puerta estaba abierta (de un tiempo para acá siempre lo estaba, pese a las recomendaciones de todos). Recorrió, mientras lo esperaba, la gran sala donde se reunía el club lector. Ahora, sin las demás aves y en silencio, era todavía más evidente que las repisas estaban quedando vacías, debían faltar por lo menos unos doscientos libros. La golondrina recordó la *Crónica del gran incendio oriental* sobre una roca y tuvo escalofríos, la sacó de su bolsa e iba a devolverla a su lugar entre los clásicos antes de irse, cuando escuchó regresar al búho. Entraba sonriente a la sala, traía su bolsa de libros llena de flores, y aunque se sorprendió al verla con su libro en las manos, no hizo otro gesto más que ulular suavemente. La golondrina, sin saber bien cómo proceder (¿debería decirle que estaba viejo?), le extendió el libro.

—Lo encontré en el camino de los topos, creo que se le ha caído allí —dijo con palabras más rápidas que su vuelo. El búho la observó sonriendo y le pidió que por favor abriera el libro en la primera página. Con el temblor de las revelaciones, la golondrina obedeció: allí, en la cuidada caligrafía del búho, había un mensaje:



“Este libro pertenece a la primera biblioteca voladora. Querido lector, una vez terminada tu lectura déjalo donde otros puedan leerlo. Así seguirá su vuelo. Te lo agradece, búho”.

—Los libros —dijo el búho, señalando alrededor cuando la golondrina terminó de leer y lo miró confundida—, son como las aves: no fueron creados para estar en jaulas, por muy bonitas que se vean las jaulas con ellos dentro.

Aunque entendía que había pasado algo importante todavía era demasiado pronto para entenderlo. La golondrina asintió, le entregó el libro al búho, musitó una despedida y salió volando. Necesitaba pensar. En un claro del bosque buscó silencio para sus pensamientos, se sentó apartada, a la sombra de una ceiba, y pensó. La primera biblioteca voladora. Así que eso era lo que estaba pasando con los libros del búho. Con todos. Con los poemas de Horacio que había echado en falta. Con las sagas de los deshielos. Los imaginó abandonados por ahí, al sol y al agua.

Un escalofrío le recorrió las plumas y sacó de su bolsa el ejemplar de la novela del zorro. Amaba ese libro. Nadie lo iba a amar como ella. Nadie lo iba a cuidar como ella. Acarició su lomo, la portada, pasó lentamente las páginas para sentir el olor de la tinta impresa. Volvió a la frase subrayada que tanto la había impactado y comprobó que era capaz de recitarla de memoria. Entonces una voz pequeña llamó su atención. Había descendido cerca a un prado donde tomaban su descanso las fábricas de semillas, y un joven puercoespín, en su uniforme de operario, le acababa de preguntar qué libro era ese. En un impulso, impropio en ella, la golondrina extendió el ala, para alcanzárselo al puercoespín. Lo vio dudar un momento y finalmente decidirse a afirmar con un movimiento parco y alejarse.

¿Por qué no había recibido el libro?, ¿por qué se alejó cuando ella se lo ofreció?, ¿por qué no había aceptado tomarlo para leer la nueva novela del zorro, la mejor que se había escrito en el bosque



en los últimos tiempos, y quizás la mejor que se había escrito jamás? Entonces entendió. El libro era suyo, un desconocido no iba a acercarse a algo ajeno. Buscó en su bolsa un bolígrafo, abrió el libro en la primera página y escribió:

“Este libro pertenece a la segunda biblioteca voladora. A los libros, como a las aves, les gusta volar. Una vez termine de leerlo déjelo donde alguien más pueda encontrarlo. Te lo agradece, golondrina”.

Siguiendo un entusiasmo repentino dejó el libro recostado contra la ceiba donde había estado sentada y levantó el vuelo. Se sentía ligera, como flotando. Mientras se alejaba volvió a mirar atrás, apenas una vez y fue suficiente para ver cómo el joven puercoespín se acercaba hasta el libro y lo abría.



Actividades para después de leer

¡Crea tu propia biblioteca voladora!

Busca algunos libros en tu biblioteca personal y ayúdalos a volar. Escribe en las primera páginas el lema de tu biblioteca voladora:

“Este libro hace parte de la biblioteca voladora propuesta por (TU NOMBRE AQUÍ). Que las lecturas sean libres para que aprendamos, también nosotros, a volar. Recuerda al terminar tu lectura dejar el libro en algún lugar donde pueda encontrar otro lector”.

Organiza una salida para dejarlos en lugares donde puedan encontrarse con otros lectores. Puedes dejar alguna de tus redes sociales para que te compartan fotos de su encuentro.

Dedicatorias para regalar libros

Regalar un libro es compartir una historia, sugerir un verso, acompañar en un sentimiento, proponer una conversación, alimentar un debate, abrir nuevas experiencias. Regalar un libro es un gesto de amistad que se proyecta a futuros encuentros. Por eso, las dedicatorias en los libros que regalamos son tan valiosas. Aquí tres modelos con los que puedes jugar para escribir dedicatorias inolvidables.

La solemne:

Con muy confiado espíritu pongo en tus manos esta historia, esperando sus vericuetos y aventuras alimenten tu imaginación y nos permitan encontrarnos, así como la fortuna nos permitió encontrarnos en este, en otros mundos. Con profundo afecto, (FIRMA).



La preventiva:

Entra con cuidado y avanza precavido, en este libro hay secretos que van a emboscarte y que en medio de la sorpresa compartirán contigo el asombro que a mí me impulsó a llevarlo hasta ti. ¡Quedas advertido! (FIRMA)



La esperanzada:

Que en estas páginas encuentres la misma magia, la misma alegría, los mismos retos que yo encontré. Para que al hallarlos vivas idéntica maravilla y nos acerque compartir el secreto de su luz. (FIRMA).

“ En el cine, como en la política, las mejores conversaciones no son esas que te devuelven certezas prefabricadas...

**sino las que te permiten
construir tus dudas, alimentar
tu curiosidad y buscar caminos
para nuevas respuestas”.**

*Episodio Política y cine.
Pódcast La política en el espejo.*

Capítulo 2

Estanque Cinema presenta

De la política y el cine

Lo cómodo puede darnos tranquilidad, pero lo incómodo puede hacernos muy felices.

La mayoría de las situaciones que encontramos en la vida están dadas y basta acostumbrarnos para encajar. Se espera de nosotros que aprendamos a vivir con ellas. Y así sucede mientras crecemos y descubrimos posibilidades. Un niño que empieza a leer no se pregunta si ese es el mejor método para hacerlo, su atención se concentra en el aprendizaje. Es solo que sabe leer y escribir a la perfección, que puede imaginar otras maneras de haber recorrido ese mismo camino.

Es el conocimiento lo que nos permite sacudirnos, inspirar cambios, incomodarnos para ser felices. En gran parte eso

es lo que permite el cine: acercarnos a caminos, a miradas, a perspectivas que de otra manera nunca llegaríamos a conocer. En el cine, la imaginación de los creativos es compartida, las grandes ideas son donadas y por eso el cine y la política tienen tantas cosas en común.

Esta fábula intenta mostrar que todas las realidades son dignas de ser contempladas. Intenta recordar que las mejores historias y los personajes más emblemáticos están cerca y son muy parecidos a los protagonistas que admiramos, porque tenemos mucho en común, porque todos tenemos una historia única que merece ser contada.

Actividades para antes de leer

Vida de película

En ocasiones nuestra vida parece estar en la gran pantalla. Recuerda alguna de las escenas que más te enorgullecen, que esté llena de belleza, y cómo sería el guion de una película basada en ese recuerdo.

Lugar / Fecha / Personajes / Descripción de la escena

Diálogo:

TÚ:

Ahora, con esta escena clara, ¿cuál sería el título de la película de tu vida?, ¿te animas a diseñar el póster y compartirlo en redes sociales?

Capítulo 2

Estanque Cinema presenta

De sus tiempos como teatro conserva el estanque las piedras niveladas en pendiente, el acústico silencio de las cañas y un escenario central, sobre las aguas, donde ahora ubican las ranas el proyector y antes se erguían las solistas para recitar los parlamentos más importantes de la obra. Siglos de tradición dramática permanecen todavía en los resquicios del aire, y si uno tiene ojos capaces de leer fantasmas, verá aparecer de vez en cuando el eco de aquel entonces. Pero no es común aquello de nublarse con presencias del ayer, y hoy como cada semana, al amparo oscuro de los árboles que rodean el agua, con la única luz del proyector encendido, las ranas presentan películas para las familias del bosque, que acuden, con risueña expectación, a entretener las horas previas al día de descanso.

Agustina nació y creció en la era del cine. De vez en cuando, en croares viejos, mientras participaba de los banquetes comunes, escuchó hablar de los antiguos cantos, de los trajes que las

ranas utilizaban para representar, de las respuestas de los coros en los que cientos unían sus gargantas para ser una voz sola.

Historias del pasado, otros tiempos en los que era el sonido y no la luz el protagonista. Puede comprender la nostalgia —es una rana sensible—, pero no la comparte: hija de la luz, ha crecido con las historias del proyector marcando cada evento de su vida. No concibe un milagro más grande que ese. Desde pequeña se involucró con el ritual de los fines de semana: preparó las gradas, ayudó a desembalar las películas que traían los visitantes de bosques lejanos, aprendió a cargar las cintas y, en una noche que recuerda todavía con felicidad, finalmente le permitieron hacerse cargo de la proyección: encender la luz para entrar en los sueños.

No concibe una felicidad más plena que la que siente las noches previas a los días de descanso, cuando con un movimiento de

sus dedos abre para los animales del bosque una existencia de brillos proyectados en la roca. Es por eso por lo que consiguió, —por arduos caminos, pues no existía esa tecnología en su bosque—, una cámara de video.

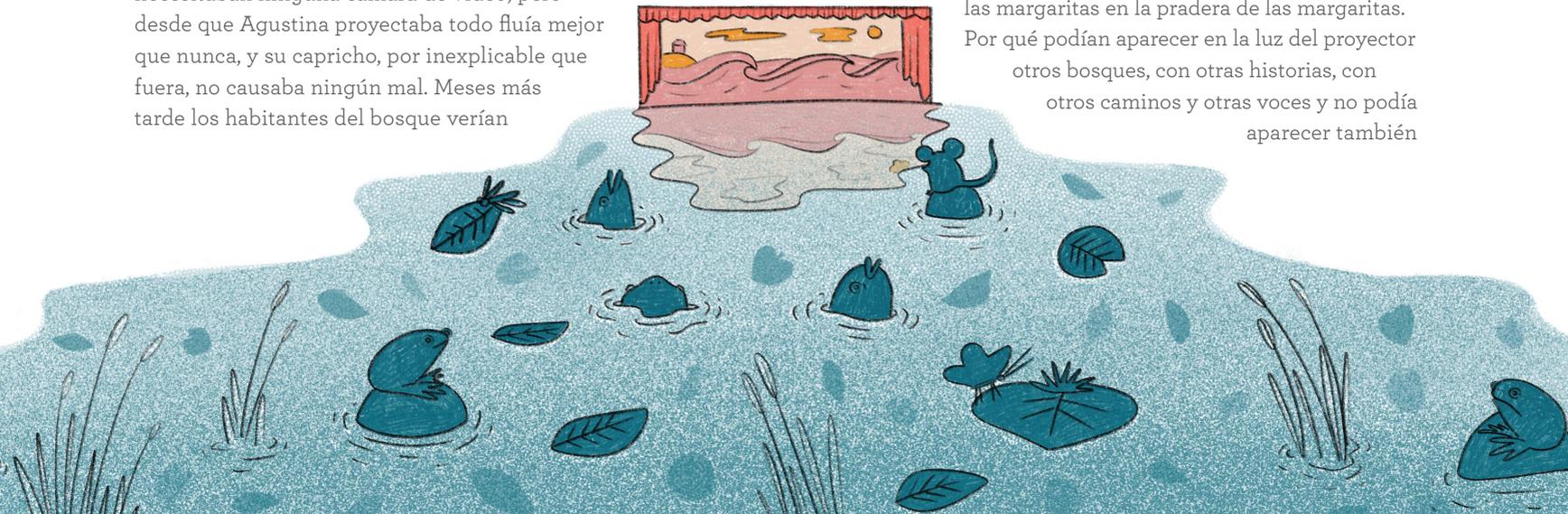
Fue un capricho inexplicable. Para las demás ranas no tenía sentido tomarse tantas molestias, traer algo desde otro bosque implicaba un esfuerzo desmesurado. Con el proyector era distinto, tuvo sentido la dificultad porque así resolvían sus tareas. Ellas eran la voz de las historias en la noche, las encargadas de llevar los cuentos a la memoria de todos los animales; antes había que escribir, actuar, cantar. Ahora bastaba esperar que llegaran las películas cada mes, proyectarlas y de vez en cuando hacer mantenimiento al proyector. No necesitaban ninguna cámara de video; pero desde que Agustina proyectaba todo fluía mejor que nunca, y su capricho, por inexplicable que fuera, no causaba ningún mal. Meses más tarde los habitantes del bosque verían

pasar a Agustina con su cámara en la espalda, más feliz que nunca en su metamórfica vida.

Sus primeros ejercicios fueron paisajes donde se sentía a gusto. Quería buscar la luz del bosque, retratarla allí donde sabía que no tenía igual en ninguna otra parte. Secretamente, mientras asistía cada semana a las proyecciones que dirigía, Agustina había ido soñando preguntas.

Cuando gozaba con las historias de las películas se preguntaba por qué no aparecían allí paisajes como la pradera de las margaritas, con su blancura aterciopelada, o como el camino de los topos, que siempre conservaba una luz fresca. Y bueno, por qué no aparecían tampoco los topos, o la numerosísima

familia de ratones que se encargaba de cuidar las margaritas en la pradera de las margaritas. Por qué podían aparecer en la luz del proyector otros bosques, con otras historias, con otros caminos y otras voces y no podía aparecer también



este, su bosque, el bosque que habitaban quienes cada fin de semana se sentaban en las graderías. ¡Ah!, y, sobre todo, ¡por qué nunca aparecía ninguna rana!

Llenarse de preguntas no impedía que Agustina siguiera disfrutando como siempre de las historias; era encender el proyector y sumergirse en ese otro mundo, y gozar con sus narraciones, con sus imágenes. Pero luego, cuando recorría las gradas apoyando en la limpieza luego de la proyección, se entretenía imaginando que empezaba a responder esas preguntas, se emocionaba imaginando que tal vez un día podría, por un par de minutos, antes de la proyección principal, poner sus propias imágenes en la luz: mostrar la ceiba inmensa donde graban sus nombres los recién llegados al bosque, la isla en medio del río donde la tortuga duerme sus días, incluso, por qué no, el canto de alguna de las ranas viejas, que en soledad repite un fragmento del coro de aquellas perdidas canciones de cuando el estanque era un teatro. Emocionada, algunas noches llegaba incluso a imaginar que en el cartel de bienvenida, ese donde se anuncia la película de la noche, aparecería un título elegido por ella.

“Estanque cinema presenta...”.

Por eso recorría el bosque con la cámara en su espalda, e incomodaba a los puercoespines jóvenes que corrían en los claros, y espiaba al búho cuando leía en las mañanas antes de irse a dormir. Por eso iba recogiendo, en relámpagos, la vida del bosque. En el proceso descubrió que mirar a través de la

cámara era muy distinto a mirar de cualquier otra forma. Lo que miraba, lo que elegía grabar, se cargaba de un sentido nuevo, como si entrar en la cinta fuera una manera de diferenciarlo del mundo, de resaltarlo, de imprimirle nuevas fuerzas. De repente el bosque, que había sido su hogar toda la vida, fue abriéndose a sus preguntas, a la curiosidad de sus ojos, y además de lo que ya conocía y ya amaba, encontró otras facetas. Algunas eran igualmente bellas, otras eran dolorosas, problemáticas. En todo se detenía su reciente curiosidad, con todo se iba llenando de imágenes la cinta de su memoria. Una mañana sintió que era el momento. Pasó toda esa semana preparando su primera cinta.

La noche de su estreno, Agustina temblaba. Las gradas se fueron llenando, según el ritual cotidiano, hasta copar su capacidad. Como después de cortar y pegar había encontrado que no tenía ni una decena de minutos en su historia, decidió usarla



como una proyección previa a la programada. Cuando llegó el momento, puso la cinta, su cinta, y encendió la luz del proyector. La primera escena mostraba el amanecer en el estanque, este mismo desde donde estaban ahora viendo y que se llenaba lentamente de luz. Hubo un murmullo de asombro entre los asistentes. De repente, en la pantalla, un grupo de ranas jóvenes saltaba al agua y empezaba a cantar. Hacía muchos años no se oía el canto de una rana en el estanque de noche. Y ahí estaba, en la pantalla, como si fuera posible ver fantasmas.

La escena se interrumpía torpemente y daba paso a un recorrido por el camino de los topos, que a su vez se cortaba para rodear la ceiba, deteniéndose en los nombre grabados en ella, los más viejos cubiertos ya de corteza, los más nuevos todavía brillantes de savia (un zorro, reciente abuelo, aplaudió al ver el nombre de su nieto). Durante ocho minutos y treinta segundos el bosque estuvo en la pantalla. Cuando la luz blanca indicó el final de su corto, Agustina se apresuró a poner la película de esa noche,

la echó a rodar e intentó concentrarse en la historia. Quizás habría logrado vencer sus nervios y concentrarse, pero había un murmurar constante a su alrededor. Voces llenando la noche.

—¿Vieron la ceiba?

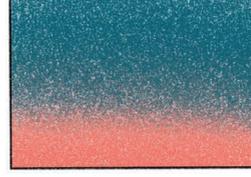
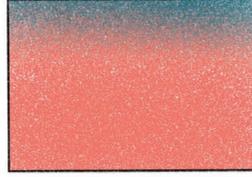
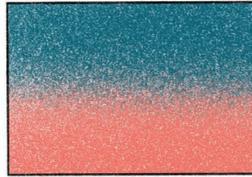
—No sabía que las ranas cantarían...

—Sí, yo le elegí el nombre.

—No sabía que estuviera pasando eso con los ratones, ¡hay que hacer algo para ayudarlos!

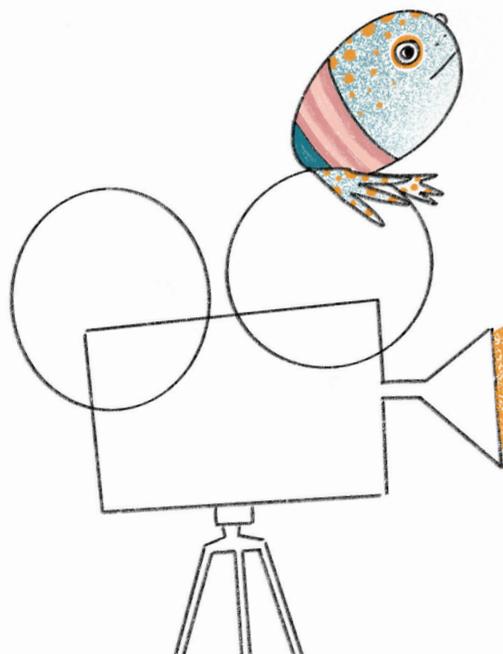
—Por ese camino paso todos los días.

Agustina, angustiada, descubrió que nadie veía la película. La tarea de las ranas era contar historias cada noche, antes del día de descanso, pero ahora, por culpa suya, nadie estaba atento a la proyección. Sin saber qué hacer, ante las voces cada vez más altas, buscó a su alrededor y, congelada en su sitio junto al proyector, vio que se acercaba, nadando despacio, una de las ranas viejas. Aguardó su llegada con el frío de lo inevitable. La anciana se acercó a ella y señaló la pantalla.



—Nadie está viendo la película, dijo. Agustina no sabía qué responder, excusarse no serviría de nada. Antes de que pudiera decir cualquier cosa llegó, clara, la voz del zorro desde las gradas. Estaba llamándola, llamándolas. Se giraron hacia él para escuchar.

—Hola, disculpen, creo, creo que hablo por todos, no sé si sea posible, pero, si es posible, si se puede, podrían, tal vez, ¿podrían volver a poner la otra película?



Actividades para después de leer

Bitácora de mundos recorridos

Escribe tu propia bitácora de cine, ¿qué películas han marcado tu vida?

Puedes utilizar el siguiente modelo:



Título de la película: _____

Director: _____

Género: _____

Año en que la vi: _____

La vi en compañía de: _____

Fue importante para mí porque: _____

Me enseñó que: _____

Mi escena favorita fue: _____

Se la recomendaría a: _____

**“Cocinar es una de las formas
germinales de la memoria,
a través de los sabores estamos
construyendo una historia”.**

Episodio *Política y cocina.*
Pódcast *La política en el espejo.*

Capítulo 3

Sopa de todo lo verde

De la política y la cocina

Cada persona tiene detrás, dentro de sí, una historia que la hace única. Cada vida es la suma de acontecimientos que nos hacen ser lo que somos, y esto, lo que hemos vivido y aprendido en silencio, es lo que forma nuestra intimidad, lo que agrega los marcos interpretativos y los esquemas para categorizar el mundo.

Cualquier juicio que hacemos sobre la vida de alguien es tan innecesario como injusto; una forma de respetar al otro es permitirle contar su versión, su percepción.

La política —y, en general, las relaciones humanas— necesita la delicadeza de la escucha, de la benevolencia y el cuidado por la mirada ajena.

Esta fábula nos lleva a recordar que solo cuando conocemos de cerca a una persona podemos ser testigos de su verdad. La cocina es una excusa para entrar en comunión, para abrazar el esmero y exaltar la memoria. La cocina es una forma de conocer, de cuidar, de conservar.

Actividades para antes de leer

Mapa de sabores

Dicen que el gusto y el olfato son los sentidos más asociados a la memoria, y que imaginar es una forma de adelantarnos al recuerdo. Por eso te invitamos a hacer una lista de los lugares que conozcas o quisieras conocer (ciudades, países, reales o imaginarios) y a responder qué comida te los recuerda.

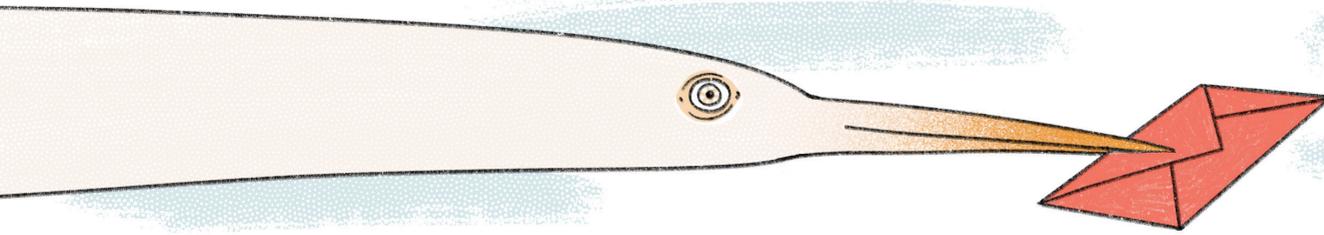
(Trata de alejarte de lo primero que pienses, esfuérzate para alejar lo primero que se te viene a la cabeza).

Capítulo 3

Sopa de todo lo verde

De los paisajes del bosque podía jactarse la garza de un conocimiento amplio e íntimo. Seis años repartiendo cartas, entregando paquetes, llevando mensajes, habían forjado en su memoria un mapa claro de cada rincón, cada recoveco por remoto o de arduo acceso que fuera. Conocía la pradera, las rutas de los túneles, las montañas distantes en el sur y las riberas enteras del río. Ninguna parcela permanecía, para su diligencia y su curiosidad, sin visitar. O bueno, casi ninguna. Estaba, por supuesto, la isla de la tortuga, un oasis no demasiado grande, no demasiado pequeño, justo en medio de la corriente donde el río se hacía más ancho. Desde siempre, desde que el bosque era bosque, se cuenta que la tortuga había vivido allí en completa soledad, y que si bien no rechazaba a los visitantes tampoco les prestaba demasiada atención, apatía que habían optado por interpretar los demás animales como deseo de soledad y que decidieron responder como si de una anacoreta pausada se tratara.

De ahí que ahora, mientras sostiene entre las plumas la carta, no pueda creerlo del todo. La dirección del bosque es correcta. No tiene remitente. Donde debe decir el destinatario dice, solamente, “Tortuga”. Tortuga es la única tortuga del bosque, si los datos son exactos, esta carta es para ella, lo que significa que garza deberá volar, por primera vez en sus seis años de servicio postal, hasta la isla en el medio del río. Por una parte, le entusiasma saber que el mapa mental va a completarse, que ahora ninguna zona del bosque permanecerá en blanco. Por otra parte, el misterio del sobre sin remitente, la posibilidad de molestar a la tortuga meditando y un no sé qué de prohibición nunca dicha hacen que le tiemble el vuelo y se pregunte si no hará mejor en dejar la entrega para luego, en hacer como si la carta no hubiera llegado la noche anterior, ignorar el deber que su pequeña empresa promete desde el eslogan: “Seremos tan rápidos como sus palabras de emoción”. ¿Pero y si la carta no trae palabras emocionadas? Garza



sacude la cabeza y se regaña mentalmente. Cumplir con el trabajo, prestar un buen servicio, es su manera de responder al bosque que le presenta todos sus secretos. Mete la carta en el saco, estira las alas y vuela. Desde el cielo, la isla en medio del río parece tener forma de hoja.

Tortuga, para sorpresa de garza, no parece extrañarse de recibir una carta. Con una cortesía vieja, de esa que quizás tengan ciertas piedras, ciertos cristales, recibe la entrega y agradece. Su voz es una caverna despaciosa que demora las sílabas, y el “gracias” pronunciado parece dividirse en tres bloques de viento: Gra. Ci. As. Luego hace casi como si garza no existiera y, frente a ella, sin pudor y sin prisa, rasga el sobre. A garza la vence la curiosidad y se queda en la isla mientras tortuga lee. “Si me pregunta por qué siempre puedo decir que es por si necesita mandar una respuesta”, piensa, mientras aprovecha la ocasión para aprenderse la geografía de la isla en medio del

río, para grabar en su experiencia la vegetación (hay plantas rastreras que no ha visto antes) y los mínimos gestos del paisaje.

Absorta en la contemplación casi olvida la lectura de tortuga, que a diferencia de sus movimientos le toma apenas un instante. Por eso se asusta cuando la escucha dirigirle la palabra: “Necesito una olla muy grande”, dice tortuga. Excepto que no lo dice así, sino despacio: Ne. Ce. Si. To. U. Na. O. Lla. Mu. Y. Gran. De. Garza escucha con atención, la carta parece haber desaparecido, comprende que la privacidad es parte esencial de su oficio y se compromete a buscar la olla para traerla al día siguiente. No suele prestar ese servicio, tortuga ni siquiera ha mencionado la voluntad de contratarla como recadera, pero hay algo en el tono, algo en ese “necesito” pronunciado en sílabas carrasposas que la dispone a la ayuda. Después de todo, mucho tiempo ha estado tortuga sola y si su alada compañía puede ser de utilidad, que así sea. La mañana siguiente, haciendo gala de una fuerza y una

gracia que eran su orgullo personal, garza voló de vuelta a la isla de tortuga (la isla en medio del río, la isla con forma de hoja) cargando la olla más grande que encontró.

Tortuga recibe la olla con su lento agradecimiento habitual, y con un gesto de la pata parece decirle a garza que espere un momento. Al menos eso entiende garza, al menos eso cree, pero empieza a dudar mientras pasan los minutos y tortuga, que se perdió en el centro de la isla, no regresa. Decide, sin embargo, esperar. Algo la hace esperar. Algo que puede ser el misterio de la carta, la certeza, el instinto de que en la carta había algo importante y que su lugar en el bosque, su servicio, es esperar a tortuga, sin importar que se demore horas en volver. No son horas, sin embargo. Tortuga regresa trayendo una resma de papel y un bote de tinta. Usa sus uñas para escribir. Le dice a garza que necesita hojas. ¿Hojas? Hojas, y va dibujando los contornos en el papel. Hojas con distintas formas, hojas que son obviamente

eucalipto, hojas que son laurel, hojas que son dientes de león. Tortuga dibuja hojas en las hojas, una hoja por hoja, y le dice a garza que las necesita, que no todas están en su isla y que si puede buscarle las que le pide.

—¿Cuántas va a necesitar de cada una?, pregunta garza.

—Muchas, dice tortuga (Mu. Chas.)

—¿Puedo saber para qué las necesita? Se impone finalmente la curiosidad al decoro. La respuesta de tortuga es, como siempre, pronunciada parte por parte, lentamente.

—So. Pa. De. To. Do. Lo. Ver. De.

La sopa de todo lo verde implica una cocción lenta, muy lenta, por días, por semanas incluso, y lleva dentro ochenta y siete tipos de hojas distintas. Las minucias de su preparación exceden la comprensión de garza, que se limita a traer bolsas con hojas y a acompañar a tortuga mientras, con la velocidad de la paciencia, va mezclando, probando, cambiando, revolviendo, añadiendo

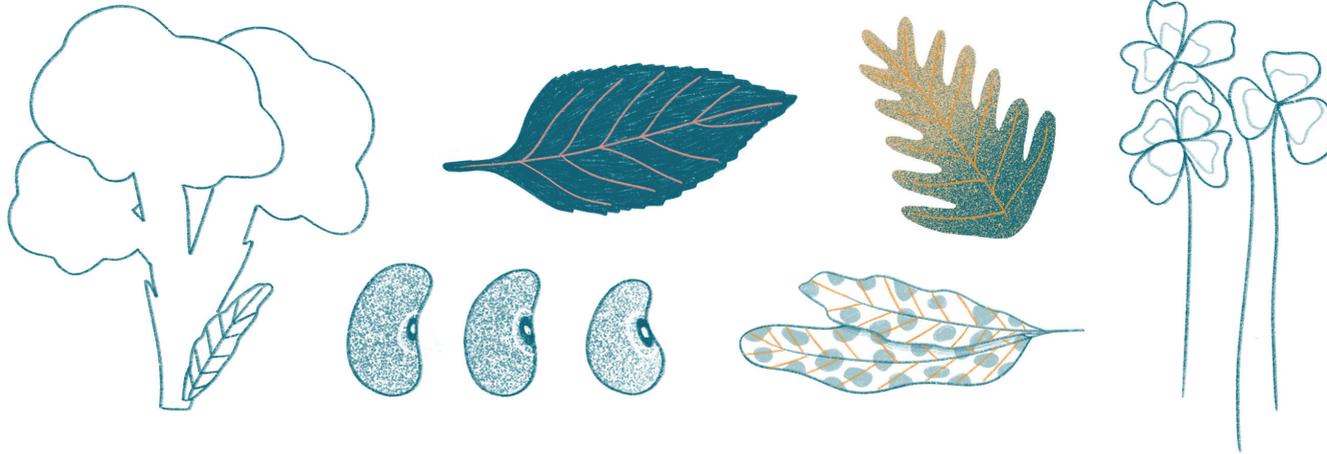
carbones a las brasas frente a la olla llena de un líquido espeso, burbujeante, al que garza no dudaría en llamar desagradable si no fuera porque, contrario a su apariencia, emite un aroma fresco, mentolado, muy apetitoso. En el proceso tortuga habla poco, pero basta para que garza vaya acostumbrándose a su lentitud. Mantienen conversaciones sobre el clima, sobre la lluvia o el sol recientes. La carta no se menciona. La sopa no se menciona. Solo se acompañan a cocinar y garza intuye, lo sabe en su instinto, que tortuga aprecia su presencia.

Ha pasado casi un mes cuando tortuga le pide a garza repartir las invitaciones. ¿Las invitaciones? Tuvo que haberlas escrito en las noches, o en la madrugada antes de que garza llegara



a acompañarla. Son tarjetas, pequeñas, y hay muchas. Garza comprende que su labor de mensajera empieza de nuevo. Tortuga está invitando a los animales a comer sopa de todo lo verde. Los animales, por curiosidad, asistirán seguro a comer sopa de todo lo verde. Ese mismo día, antes del atardecer, garza ha entregado cada invitación personalmente y ha convencido a los animales de asistir. Sabe, intuye, que es importante su presencia. Sabe, también, que la curiosidad de conocer la isla sería suficiente para que todos asistieran, pero no está de más insistir.

El mediodía señalado la isla bulle con una actividad que no conoció nunca. Patas, saltos, ruidos llenan sus rincones. En el centro, ubicada ampliamente, una serie de mesas largas espera a los comensales. Y tortuga, junto a la olla, permite a garza encargarse de servir. Hay algo solemne en la comida, algo de expectativa a medida que todos, haciendo silencio mientras los platos aparecen frente a ellos, se sientan a comer. Tortuga pronuncia un Bu. En. Pro. Ve. Cho., y más por cortesía que por ganas, las bocas se cierran sobre la primera cucharada. Entonces la sorpresa obliga a sonreír. La dichosa sopa de todo lo verde no está mal, no está para nada mal. También garza se sorprende, y come, y sonrío en medio de la felicidad general mientras tortuga bebe a su lado en un viejo tazón. Sabe que no es lo último, sabe que ocurrirá algo más. Cuando



tortuga termina ya los demás han terminado y observan a garza esperando indicaciones. Su gesto les pide paciencia. Lentamente, tortuga empieza a hablar.

—Hace tiempo. Mucho tiempo. Madre preparó sopa de todo lo verde. Fue la primera vez. Lejos de casa. Encerrados. Éramos siete y ella. Mis seis hermanos y ella. No había mucho, pero había todo lo verde, y la receta. La receta es vieja. Muy vieja. De tiempos que incluso yo no recuerdo. Ya esa historia se va yendo. Un día las tortugas no tuvimos hogar sobre la tierra. Un día aprendimos a hacer sopa de todo lo verde. Madre ya no está. Llegó una carta. Madre se fue, se convirtió en nube y ahora es ligera. Queda su recuerdo. Queda su sopa de todo lo verde. Yo quería compartirla. Es la sopa de las tortugas. Es la sopa de madre. Es la sopa de mí. Esto soy, esto somos. Sépanlo. Conózcanlo. Gracias por venir.

Cuando el último invitado se hubo marchado, garza permaneció todavía otro rato ayudando a limpiarlo todo. La carta había sido una mala noticia, no le gustaba entregar malas noticias. Sabiendo que era contrario a toda cortesía laboral, se permitió excusarse.

—Perdón —dijo—, no me gusta traer malas noticias.

Tortuga le sonrió antes de contestar.

—No mala noticia. Morir. Vivir. Volar. En la carta la receta. Heredo una historia. Cocino para recordar, se demoró diciendo. Garza supo que esa isla con forma de hoja sería, de ese día en adelante, uno de sus rincones favoritos de del bosque.

—Y ahora, ¿qué sigue ahora?, preguntó. —Otra vez. De nuevo — respondió tortuga—. Volver a estar juntos. Volver a comer juntos. Y no olvidar. Y recordar.

Actividades para después de leer

Decídate a cocinar tu propia receta, enciende la parte más creativa y colorida de tu cerebro, crea un plato que sea tu legado. Escribe los ingredientes, el paso a paso, toma una foto y compártela en las redes sociales. Se vale pedir ayuda, llamar a amigos, buscar en la tradición familiar. Se vale cocinar juntos, y, sobre todo, comer juntos.

Ingredientes: _____

Preparación: _____



“Todos estamos llamados a ser creadores”.

Episodio *Política y cómic.*
Pódcast *La política en el espejo.*

Capítulo 4

Alí y el universo extraordinario

De la política y el cómic

Cuando queremos algo, podemos valorarlo. En el acto de conocer se agazapa el acto de querer. El mundo que habitamos necesita que lo queramos mucho, que lo apreciemos en sus claros y en sus oscuros, que estemos dispuestos a conocerlo, a preguntarnos por él y por nuestro lugar en sus dinámicas. Solo cuando tenemos este amor por el origen, podemos llegar a un verdadero conocimiento; solo así, desde el afecto, el compromiso y el deseo de mejorar, las sociedades tendrán universos extraordinarios diseñados y presentados por creativos que a cada página le podrán impregnar su propio trazo y su propio sello.

Ahora, ese conocimiento y ese amor pueden construirse desde múltiples lenguajes. La política no está exenta de buscar otras

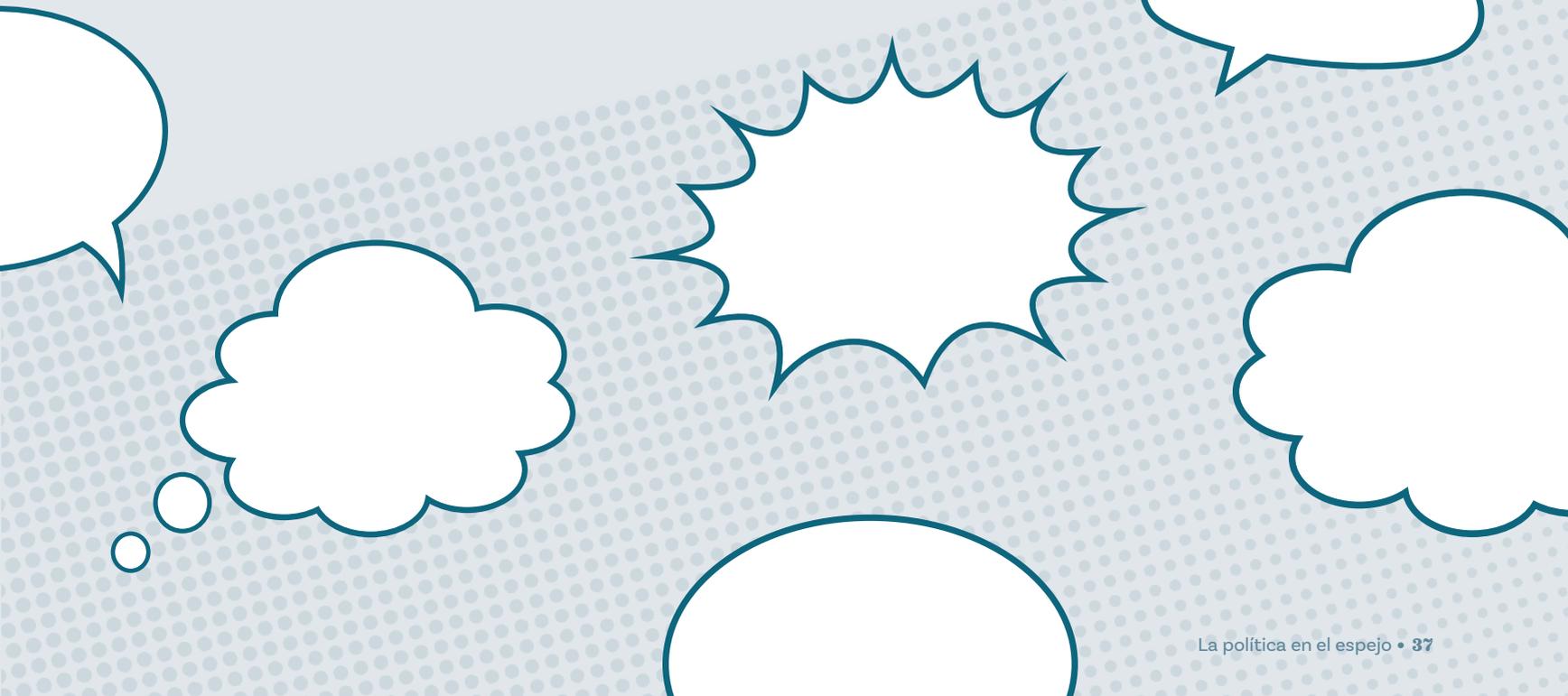
maneras de dialogar, otros escenarios en los cuales plantear sus dudas, sus dilemas, sus búsquedas. Lugares comúnmente relegados al entretenimiento y lo ligero pueden también habitarse desde una apuesta política, que busque explorar y conocer el mundo, que se relacione con él desde las preguntas por quiénes somos y cómo queremos vivir.

Esta fábula nos lleva a valorar nuestro origen, nuestra historia y a reflexionar acerca de los valores más importantes para la vida en común, y todo esto a partir de una expresión creativa, popular e inesperada como la historieta o el cómic.

Actividades para antes de leer

Escríbelo en cómic

Con la tipografía típica de las historietas, dibuja cuatro o cinco temas de tu interés que consideres podrían interesar a otros. Que tus letreros sean atractivos, dinámicos, llenos de color y vida. Compártenos fotos del resultado a través de tus redes sociales.



Capítulo 4

Alí y el universo extraordinario

En la última viñeta, Alí, con la cola prendida al marco del dibujo y como a punto de caerse de la página, decía mirando de frente al lector: “A veces me parece que la verdadera historieta está pasando ahí afuera”. Y no fue uno solo, ni dos, ni siquiera diez, sino muchos más los que levantaron la mirada para inspeccionar a su alrededor, esperando descubrir la mirada del Apático Rocoso oculta entre los árboles y al Maravilloso Alí dispuesto a hacerle frente a sus maldades. También ellos, pensaba cada uno en su momento, podrían unirse a Alí para derrotar al villano, para hacerle frente a esas estrategias descabelladas con las que buscaba convertir el bosque en un lugar de silencio tenso y odio murmurante, convertir el equilibrio vital en un desbalance en el que solo él y sus secuaces acumulaban todo dejando poco para el resto.

El número cien de la historieta era especial por muchos motivos. No solo se había impreso en un papel más grueso, de mejor calidad, sino que la historia era distinta. Los lectores habían ya vivido junto a Alí las aventuras para liberar la pradera de

las margaritas cuando el Apático la había cercado con la idea de cobrar poder cobrar la entrada a los paseantes; ya habían palpitado de terror en la entrega en la que Alí era encerrado en una jaula y arrojado al río, solo para suspirar aliviados al descubrir que podía modificar su cola mágica para convertirla en llave y salir ileso de la aventura; ya habían, incluso, ilusionado sus corazones con la posibilidad de romance en ese episodio especial en el que Alí busca el regalo perfecto para declarar su amor, y todavía muchos se preguntaban al final quién sería el destinatario de la piedra de río (“Llena de historias porque mucho ha rodado”) que el héroe eligió al final como presente. Los lectores de Alí habían ya vivido junto a él largas aventuras, y esta, la número cien, fue esperada con murmullos y acogida con entusiasmo, que sin menguar se convirtió en extrañeza con el pasar de las páginas.

Solo los lectores más fieles, los que podían preciarse de tener o conocer a alguien que tenía los primeros ejemplares, parecían estar preparados para la sorpresa. Después de todo, *Alí y el universo extraordinario* no era una historieta común y corriente, igual a las

otras las otras que aparecían publicadas en las páginas de ocio de los periódicos. Ya desde los comienzos anunciaba su carácter en la frase insignia de Traveler Topo, cuando al salir de escena gritaba al viento: “¡Siempre cambiante, siempre nuevo, siempre buscando mejores caminos!”. De ahí, entonces —porque estaban seguros de que el dibujante hablaba en todos sus personajes—, que los cambios sucesivos en el trazo, en la temática, en las aventuras fueran marca de la casa. Las historias de Alí no podían, no debían reducirse a las aventuras de enfrentamiento a través de sus súper poderes con quienes amenazaran el bosque. Eran también misterio y romance, y alguna vez, incluso, hubo un número famoso porque a lo largo de sus páginas se dedicaba a explicar una receta importantísima para, decía Alí en uno de los recuadros, “devolver las fuerzas, recordar el cariño y crear el futuro”.

En ese despliegue de múltiples temas, ¿por qué habrían de extrañar que en esta, en la número cien, el último cuadro mostrara a Alí casi derrotado, volando expulsado del recuadro donde estaba dibujado, con la cola prensil agarrada al margen, y hablándoles directamente, por primera vez, a los lectores? “A veces me parece que la verdadera historieta está pasando ahí afuera”. ¿Qué quería decir?, ¿a qué se refería? Afuera estaba el bosque, y en el bosque estaban ellos, los lectores, con la historieta entre las manos, mirando ahora, desconcertados, a su alrededor. ¿Y cómo seguía la historieta?, ¿por qué terminaba justo ahí, antes del final? Las preguntas parecían derramarse de la página y a nadie bajo los árboles lo empaparon tanto como a Cecilio.

Era de los pocos que tenían la colección completa de *Alí y el universo extraordinario* y era el único que estaba dispuesto a dejar que cualquiera la leyera. No temía como los demás el desgaste de las hojas ni la pérdida de algún ejemplar. En parte porque los había memorizado ya todos, en parte porque era el miembro más joven del club de lectura que se reunía en la casa del búho, y desde que las estanterías de este estaban vacías, comprendió algo importante. Podríamos decir, con poco miedo a





equivocarnos, que Cecilio era el mayor seguidor de las aventuras de Alí, en parte porque siempre disfrutó leyendo historietas, en parte porque el hecho de que Alí fuera, como él, una zarigüeya, y que se murmurara que el dibujante también lo era, le proporcionaba un íntimo motivo de orgullo, valioso especialmente pues Cecilio era el socio fundador y casi único miembro de *Orgullo Marsupial*, un club sin reuniones y sin eventos.

De ahí que una de sus escenas favoritas en la historieta fuera esa en la que el Apático Rocoso, para desprestigiar a su oponente, le gritaba: “¡No eres más que un sucio marsupial!” y Alí, sin inmutarse, respondía: “Equivocado estás: soy un sucio marsupial orgulloso”. Cecilio recuerda que leyó la escena y salió corriendo entre las ramas con una euforia rayada en la locura, gritando de tanto en tanto, de la nada: ¡soy un marsupial orgulloso i. Pasada la emoción, decidió que debía hacer algo, y al regresar a casa escribió una carta, tejió una insignia y envió a la dirección de la editorial el paquete en el que se presentaba y explicaba que, como socio fundador, a partir de ese día nombraba a Alí miembro honorario de *Orgullo Marsupial*. Nunca recibió respuesta, pero en la historieta siguiente observó, emocionadísimo, que al disfraz de Alí se había sumado, discreta pero clara, la insignia del club. Si antes ya era su historieta favorita, desde entonces la sintió más suya que nunca.

Y ahora, en el número cien, Alí parecía estar enviando un mensaje directo: “A veces me parece que la verdadera historieta está pasando ahí afuera”. No era la primera vez que lo pensaba, ya antes

había sentido que era mucho más que una historieta. El Apático Rocoso no era alguien en específico, pero en el bosque había injusticias a las que nadie parecía prestar demasiada atención. Cecilio pensaba, en ocasiones, que quizás sobreinterpretaba el contenido al encontrar relaciones entre, por ejemplo, el cierre de la pradera de las margaritas en la historieta y el peaje del túnel de los topos en la realidad, o esa vez en que Alí insistió en repartir personalmente las manzanas que iban a pudrirse guardadas y que coincidió con la gran crisis de las cosechas. ¿Había allí otra cosa más que una historia de mentiras?, ¿era posible que estos dibujos emocionantes fueran más que dibujos? Cualquiera habría dicho que no, que era solo una historieta, diversión para niños. Pero Alí usaba la insignia de *Orgullo Marsupial*. Pero Alí había dicho lo que Cecilio había pensado antes. Pero Alí, ahora, parecía salirse de la historieta y miraba de frente a Cecilio en busca de su complicidad.

Pocas mañanas después de la publicación del número cien de *Alí y el universo extraordinario*, el bosque amaneció lleno de carteles. Algunos tenían fragmentos de la historieta, frases, citas, dibujos *amateurs* de Alí o de Traveler Topo diciendo sus parlamentos. “La tierra de quien la cava, la pisa, la contempla. La tierra de todos”, “Nadie está por encima de nadie, ni porque vuele, ni porque el otro excave”, “¡Siempre cambiante, siempre nuevo, siempre buscando mejores caminos!”, “¡Soy un marsupial orgulloso!”. Otros llevaban un mensaje claro: “Apático Rocoso: no al aumento en el peaje del túnel de los topos”.



La primera viñeta del número ciento uno de *Alí y el universo extraordinario* mostraba a nuestro héroe amarrado, capturado por el Apático Rocoso en una mazmorra desde cuya ventana se contemplaba el bosque. El monólogo de victoria del villano se ve interrumpido por un ruido.

A través de la ventana, entre los árboles, se adivinan miles de animales que se acercan, marchando, para liberar al héroe. “No es posible”, murmura el Apático, “¡pero si no son más que un cochino bosque!”. “Equivocado estás: somos un cochino bosque orgulloso”, le responde Alí, mirando al lector.

Actividades para después de leer

¡Conviértete en personaje de tu propio cómic!

Todos sabemos dibujar, algunos más que otros, pero hoy vamos a vencer el susto a la página en blanco. Dibuja aquí una historieta en la que cuentes el proyecto más importante que hayas emprendido o que sueñas emprender con otros. Crea los personajes, los diálogos y juega, que tus trazos sean además un mapa del futuro que esperas hacer posible.



“La belleza no solo está presente en lo que los hombres creamos sino en lo que somos”.

*Episodio Política y ciudades.
Pódcast La política en el espejo.*

Capítulo 5

La presa monumental

De la política y la ciudad

Que algo sea posible no significa siempre que sea conveniente. Que algo sea viable no quiere decir que sea necesario, constructivo o saludable.

Las ciudades y sus territorios son proyectos que no tienen fin y que cada día se van armando. Es como una gran maqueta en la que cada jornada hay una intervención, para quitar o para poner, para cambiar, para crear. La diferencia es que las ciudades no tienen los límites de una maqueta, las ciudades no tienen, en sí mismas, ningún límite respecto a su forma. Podemos, y de hecho hacemos con ellas lo que a los seres humanos nos provoca, muchas veces sin medir las consecuencias en su totalidad.

Solo cuando, cuando aparecen personas prudentes, proyectos protectores y cuidadosos conocedores, las cosas se hacen con una dimensión más responsable. **Estos custodios de lo público**, de lo que es de todos, han permitido que hoy tengamos patrimonios humanos en forma de paisajes, lugares y edificaciones ancestrales —o modernas con historia—. Siempre es necesaria una voz y siempre hace falta quien haga eco, quien se sume a la voz del cuidado.

Esta fábula recuerda a los constructores apelar a la sabiduría de los conocedores, y recuerda a estos últimos, hacer llegar su voz cuando sea necesario. Este es el verdadero equilibrio del trabajo en equipo entre desconocidos, entre extraños que convivimos en un cielo y una tierra común: las ciudades.

Actividades para antes de leer

Mi ciudad personal abierta

1. Toma una hoja, haz un croquis de tu ciudad, sitúa en él los lugares a los que sientes que perteneces y los que te pertenecen.
2. Juega por un día a ser urbanista, a ser arquitecto de los espacios comunes. Escribe tu proyecto: qué obras construirías, modificarías o quitarías de tu ciudad.

Puedes seguir el siguiente esquema:

Lugar / Zona:

Intervención:

Recomendaciones:

Capítulo 5

La presa monumental

Todos sabían que castor sabía todo sobre los árboles. Podía diferenciar por el sonido del viento entre las ramas no solo la especie, sino la edad, la altura, la ubicación y hasta si tenía alguna enfermedad el ejemplar en cuestión. Había, incluso, un juego común que consistía en ofrecerle una astilla, diminuta, sin marcas aparentes, para ver si conseguía adivinar de dónde la había traído el portador. “Esta no es de este bosque”, respondió una vez a una danta que creía haberlo por fin engañado, “parece de los bosques del norte, huele a desierto”, concluyó luego de un examen más detallado. La danta, sorprendida en su treta, no pudo más que admitir y admirar para bien la fama de castor.

Lo que no todos sabían era que castor sabía también todo sobre muchas otras cosas. El juego de los árboles se había convertido en su rasgo personal con tal profundidad que eclipsaba cualquier otro atributo, pero en su largo trabajo con la madera castor había aprendido a escuchar al bosque. Los árboles, los

que talaba y los que cuidaba, le revelaban historias, opiniones, comentarios. No era una conversación al estilo clásico, como la que se mantiene entre animales; era otra, más suave, quizás más sutil, enraizada en un lenguaje que tiene siglos enteros para formular una pregunta y siglos enteros para ofrecer una respuesta. Los árboles hablaban con castor a través de un idioma oracular, con sus orígenes bien hondos en el pasado y su vista capaz de otear múltiples futuros distantes.

Había aprendido así, castor, sobre las cosas que se ocultan en la tierra, sobre los sustratos fríos de las profundidades y el tacto de las rocas, sobre las leyendas del viento y sus cambios de humor. La conversación con los árboles le anticipaba las tormentas, le revelaba los secretos de la cosecha, le entregaba una íntima comprensión que él no sabía cómo compartir correctamente con los demás: como un sistema de raíces donde todo se conecta, también el bosque era un tejido y cada animal en él, y cada árbol,

y cada roca, y cada afluente, hacía parte esencial de un equilibrio sutil y necesario. Todo esto lo sabía castor, pero no todos sabían que castor sabía todo esto.

Sabían que sabía sobre árboles, y sobre cómo cortarlos para hacer presas, claro. A lo largo de su vida, castor había construido muchas presas. Una para ampliar el estanque de las ranas, una para desviar una corriente hasta la pradera de las margaritas de margaritas, una para ayudar a mantener seco el túnel de los topos. Las presas de castor eran buenas presas, duraban en el bosque, con el tiempo se cubrían de vegetación y casi que desaparecían en el paisaje. Por eso, pese a que ya se había retirado de su oficio, quisieron saber su opinión ante el proyecto de la presa monumental. Todos sabían que castor sabía todo sobre construir presas, y su consejo era importante.

La presa monumental permitiría construir en el bosque canales navegables. Grandes rutas ininterrumpidas para que los animales pudieran moverse en balsa de un punto a otro. Moverse en balsa era, todos lo sabían, más rápido que moverse caminando o reptando. Un sistema de canales trazaría en el bosque nuevas rutas, y la presa

monumental, levantada en el extremo oriental del río, permitirían inundar los canales para mantenerlos transitables. El proyecto cambiaría el bosque para siempre, por fin se podría recorrer de extremo a extremo en solo una jornada, por fin se reduciría el tiempo que tomaba transitar por él. Durante los últimos años el bosque se había convertido en un centro urbano importante, con sus negocios y sus ocupaciones, y sus relaciones comerciales con otros bosques. La velocidad de los canales era la respuesta perfecta a esas nuevas necesidades, sería el gran colofón, la más clara evidencia de que el bosque entraba en una nueva etapa de desarrollo, el orgullo de todos los animales.

Pero la presa monumental no era fácil de construir.

Todos sabían que un proyecto de esas magnitudes, cuyo desafío esencial era redistribuir el caudal entero del río, requería pericia técnica, conocimiento, y experiencia. Por eso presentaron a castor la idea y los planos, y le pidieron su opinión. Un comité de constructores se

presentó en su nido y expuso todo

esto. Porque no todos sabían que castor era prudente se sorprendieron de su falta de emoción. Pidió que le dejaran los planos, el nuevo trazado del bosque por donde pasaría cada uno de los rápidos canales, y que

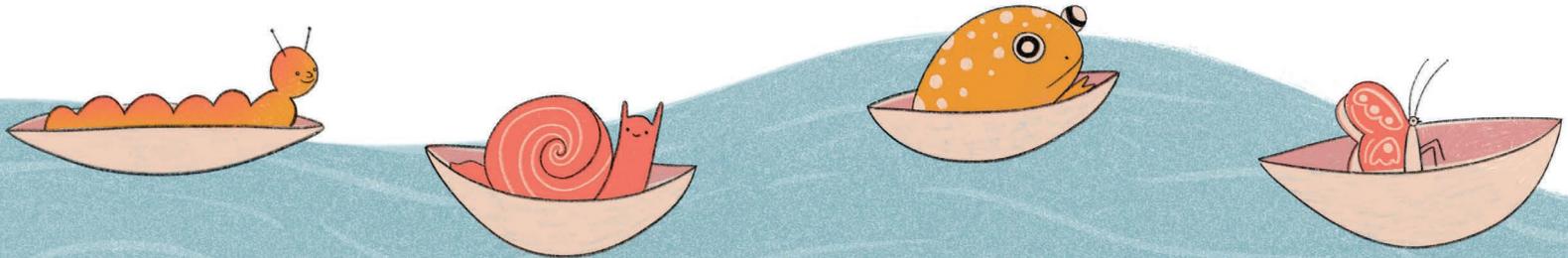


le dieran una semana para pensarlo. Aunque la emoción exigía premura, las recomendaciones técnicas de castor eran esenciales y el comité accedió a la petición. Para la semana siguiente se citó a una asamblea general del bosque para presentar el proyecto con las recomendaciones de castor. Todos sabían que a los animales les emocionaría esta solución a la movilidad. Era cuestión de tiempo, y una semana para dar la noticia no era tanto, después de todo.

Mientras esperaban las palabras de castor, el comité y los encargados del proyecto comentaron su idea, y poco a poco, de voz a voz, los animales empezaron a soñar su bosque con canales. Se veían de pie en las balsas, recorriendo raudos del hogar al encuentro, del encuentro al hogar. Imaginaban una nueva era donde podrían darle la vuelta al bosque antes de que se pusiera el sol. Se veían majestuosos y libres sobre las aguas. Algunos, incluso, empezaron a pensar en cómo construirían su balsa, de qué color teñirían la madera, cuál sería la más resistente y la que

tendría mayor flotabilidad. También eso podrían preguntárselo a castor cuando resolviera las dudas técnicas de la construcción.

Entre sueños de cambio pasaron los días del plazo como pasan los días siempre, con un sol y una luna, pero muchos sintieron que había sido menos, como si la velocidad de los canales ya estuviera con ellos. Reunidos en la asamblea, esperaban a castor, impacientes. Todos sabían que castor no era rápido para caminar por el bosque, nadando era rápido. Ahí había otra ventaja de los canales, si estuvieran ya construidos no habrían tenido que esperarlo tanto, pensaban. Un murmullo de emoción acompañó su llegada a la asamblea. Lo vieron avanzar hasta la mesa central, donde el comité de la presa monumental lo aguardaba. Saludos, protocolos, los miembros del comité presentaron el proyecto, hablaron de las ventajas de la movilidad, del salto al futuro que esto representaba para el bosque. Luego invitaron a hablar a castor para escuchar sus opiniones técnicas al respecto. Todos sabían que castor era



tímido al hablar y acompañaron con aplausos el esfuerzo que debía estar haciendo para ponerse de pie delante de todos. Callado el último eco, castor suspiró.

—He visto el proyecto, he estudiado los planos —comenzó—. Sé que el entusiasmo es grande y creo que sería posible construir la presa monumental y los canales.

Una oleada de aplausos recibió las palabras de castor, quien con un gesto de la mano pidió silencio de nuevo.

—Pero —continuó con los ojos firmes en la asamblea—, no creo que debamos construirla.

Hay silencios que tienen textura. Este era un silencio pegajoso. Los animales aguardaban a que castor continuara. Los miembros del comité lo miraban con asombro, y si no fuera porque todos sabían que castor sabía todo sobre presas, seguro alguno se habría levantado para reclamar la palabra y continuar la sesión sin esa interrupción tan molesta.

—Creo —continuó castor luego de medir el impacto de su negativa—, que construir la presa nos traería a largo plazo una pérdida irreparable. Los árboles no están acostumbrados a un terreno inundado y seguro se resentirían sus raíces. Varios de los canales, además, están pensados para correr por caminos secundarios, pequeños, que justo en su familiaridad significan mucho para quienes acostumbran a pasear por allí. Creo que el bosque no debería ser prioritario con las balsas, sino con los



animales, como lo ha sido hasta ahora. Con otras presas menores hemos hecho antes espacios y canales que sirven a un propósito, y que se funden con su entorno y con nosotros. Creo que la presa monumental no se fundiría nunca con nosotros, no sería parte de nuestras vidas. Buscando facilitarlas terminaría inundando lo que el bosque significa para nosotros, y no puedo apoyar que eso ocurra. Este es el bosque de los juegos de mi niñez, de los paseos de mi juventud, y espero que muchas otras generaciones puedan jugar y pasear en él. Los canales, la presa monumental, impedirían eso. No me imagino juegos o paseos en balsa. Tampoco lo imaginan los árboles, tampoco lo imaginan las piedras. Esa es mi opinión.

La tensión silenciosa estalló en un ronquido de voces, los miembros del comité agradecieron con los rostros sombríos a castor, quien se retiró del recinto dejando tras de sí el furor de las conversaciones. Sabía que todos habían esperado de él un acompañamiento de experto técnico, sabía que todos esperaban que hiciera posible la presa monumental. Sabía también que todo lo que había dicho nacía de una certeza: el bosque es un delicado equilibrio que se construye con cada acción y él, constructor de presas y conocedor de árboles, estaba dispuesto a

recordarle esto a los demás animales siempre que parecieran olvidarlo. Con la tranquilidad de quien dice lo que piensa, castor durmió esa noche mejor de lo que había dormido en toda la semana.

La mañana siguiente una joven zarigüeya le esperaba a la salida de su nido.

—No saben todavía si seguir o no seguir con la presa monumental, nos están invitando a todos los animales a tomar la decisión —dijo una vez castor le preguntó el motivo de su visita. Lo vio apoyar la mano en el tronco de un árbol cercano y suspirar profundamente—. ¿Qué planea hacer?—le preguntó.

—Contar mis motivos —contestó castor—, mostrar por qué es un error.

La joven zarigüeya lo miró fijamente. Un castor viejo, con el lomo erizado de pelaje pálido, la voz llena de años y de raíces y de viento.

—¿Cómo puedo ayudar? —volvió a preguntar.



Actividades para después de leer

Bitácora de mundos recorridos

¡Listado de ciudades favoritas! (Conocidas y por conocer, se valen ciudades imaginarias).

País	Ciudad	Lugares que debo conocer

**Esto puedes hacerlo en tu propio cuaderno de viajes, incluso, ¡inventar tu cuaderno de viajes!*

“ Pocas conversaciones serán tan importantes como las que tuvimos en la mesa del comedor de nuestro hogar”.

Episodio *Política y familia.*
Pódcast *La política en el espejo.*

Capítulo 6

Un campo lleno de margaritas

De la política y la familia

Nunca actúa una sociedad de forma más unida que cuando toma una decisión política. En esos tiempos todos tenemos conversaciones y reflexiones acerca de un objetivo común. Hasta los indiferentes, los que dicen que las elecciones no tienen nada que ver con ellos, están sentando una posición política, porque actuar desde el silencio, actuar sin actuar, también es un acto político. Y esta unión social, esta forma de relacionarnos como comunidad, tiene un especial parecido con la forma como interactuamos en familia.

En una familia no hay uniformidad de temperamentos, ni de aspiraciones ni de realidades; pero sí hay —como en las sociedades— una historia compartida, relaciones, dinámicas, anécdotas, memorias que se van transmitiendo y que de esa manera configuran un carácter y un futuro común en constante proceso de transformación.

Otro parecido innegable es la forma en que nos ponemos de acuerdo, tanto para decidir un plan de domingo en familia como para elegir un gobernante. Ponemos sobre la mesa nuestros argumentos, intentamos que nuestra voz sea tenida en cuenta. Incluso, ceder al plan que otro prefiere es un acto de amor familiar.

En esta fábula reconocemos el poder de las decisiones, su impacto en el futuro, la importancia de debatir con argumentos, con información, con noción del pasado y espíritu de trascendencia. Recordamos la importancia del legado de la palabra, de la transmisión de virtudes y del autoreconocimiento legítimo —y muy necesario— de nuestro papel como ciudadanos.

Actividades para antes de leer

Un recorrido familiar

Escribe en una hoja la historia de tu familia, pide ayuda a los mayores. Recrea los momentos épicos que los hacen únicos.

Y si se te enciende la llama creativa, crea un video con fotos y frases, lleva al mundo audiovisual esas imágenes y anécdotas que están en los viejos álbumes o en las conversaciones de Navidad.

Bonus: ¡Tu árbol genealógico! Quiénes en las raíces, quiénes en las ramas más altas. Dibuja, traza y conecta la historia de tu familia.

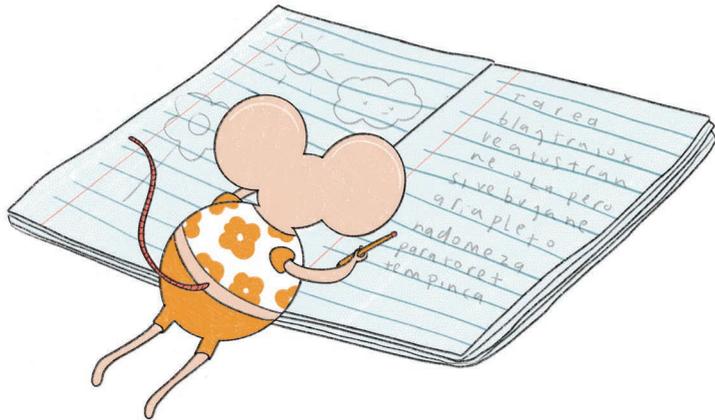
Capítulo 6

Un campo lleno de margaritas

En la pradera de las margaritas hay catorce millones setecientas veintitrés flores. Casi todas son margaritas y de ahí el nombre que le pusieron: pradera de las margaritas. Si tuviera más flores de otro tipo de flores a lo mejor le habrían puesto otro nombre, pero eso yo ya no lo sé porque ocurrió mucho antes de que yo naciera, mucho antes de que papá y mamá nacieran, mucho antes de que abuelo y abuela nacieran, mucho antes de que bisabuelo y bisabuela nacieran, mucho antes de que tatarabuelo y tatarabuela nacieran, hace mucho, mucho, mucho, ya me entienden. A mí me gusta que se llame PRADERA DE LAS MARGARITAS porque me gustan las margaritas y porque yo también me llamo Margarita, entonces cuando me presento puedo decir: “Mucho gusto, mi nombre es Margarita y vivo en la pradera de las margaritas”, y eso hace siempre que me miren raro, como girando la cabeza, como bregando a entender, y a partir de ese momento a nadie se le olvida mi nombre.

En la escuela, por ejemplo, desde el primer día a todos se les quedó grabado, y por eso a mí no me han tenido que llamar ratona, así como a Emilia la han llamado coneja o como a Cecilio lo han llamado zarigüeya o como a Indira le dicen a veces nutria. Aunque no entiendo cómo se le puede olvidar a alguien un nombre tan lindo como Indira, si yo no me llamara Margarita me gustaría llamarme Indira, incluso si eso significa que no van a recordar mi nombre tan fácil. Del nombre de mis hermanos casi nadie se acuerda a la primera, aunque ellos también viven en la pradera de las margaritas, pero ninguno se llama Margarita. Todos los ratones viven en la pradera de las margaritas, desde hace muchas, muchas, demasiadas generaciones, desde antes incluso de que se llamara la pradera de las margaritas. Y sobre eso quiero escribir en esta tarea, así que mejor empiezo porque ya me han dicho antes que “tengo tendencia a divagar”, y aunque no sepa muy bien a qué se refieren con eso creo, que lo estoy haciendo en este momento.

El profesor nos pide contar, en estos días que se realizan las elecciones de representantes a la asamblea del bosque, una historia de nuestra vida personal en la que contemos la importancia de elegir, para que así entendamos qué es lo que tiene a todos los grandes tan pendientes y conversadores últimamente. A mí estas son las primeras elecciones que me tocan. Desde hace un mes, papá y mamá y abuelo y abuela y bisabuelo y bisabuela y tatarabuelo y tatarabuela se reúnen en el salón común con todas las demás familias para decidir el voto de los ratones. Al parecer es raro que los animales voten todos en grupo, porque cuando lo comenté en clase el profesor explicó que esa decisión colectiva era un rasgo particular de los ratones. Creo que a lo mejor también la tendencia a divagar es un rasgo particular de los ratones, eso le dije al profesor, y él me



dijo que no porque había sido también profesor de mi papá y él era muy concreto. Entonces la tendencia a divagar debe ser una particularidad mía. Cuando acabe este texto voy a buscar qué es tendencia a divagar y otras cosas que tengo pendiente buscar y que todavía no he aprendido.

Pero volviendo a la tarea, resulta que como son mis primeras elecciones no tengo recuerdos que me sirvan para hablar de la importancia de elegir. O, mejor dicho, tengo recuerdos en los que he elegido, por ejemplo, si prefiero comer semillas o frutos, o si mejor tomar agua sola o agua de manzanilla, o si jugamos a los escondidijos o a las carreras, pero siento que esos ejemplos son muy pequeños, que para elegir entre esas cosas no haría falta reunirse en el salón común y hablar por horas y horas y horas y días y días y días y semanas y semanas y semanas. Por lo que veo, siento que las elecciones son más difíciles que esto y entonces, pensando y pensando y pensando, recordé la historia que nos contaban sobre la pradera de las margaritas antes de que fuera la pradera de las margaritas, y que creo cuenta de verdad como una historia sobre elecciones —porque fue una elección tan importante que todavía ahora tiene efecto y por eso la pradera se llama pradera de las margaritas y por eso yo me llamo Margarita y por eso a nadie se le olvida que soy la ratona Margarita que vive en la pradera de las margaritas—.

Me contaron hace tiempo esta historia y me la contaron más de una vez; unas veces mi abuelo, otras veces mi tatarabuela, otras

veces alguno de mis hermanos mayores. Es la historia de cuando los ratones llegaron a este terreno que habrían de convertir en su madriguera, de cuando todavía el techo sobre nuestros túneles, la cima de nuestro laberinto, no estaba sembrada de flores. Es la historia de la primera reunión en el salón común para decidir entre todos qué flores queríamos plantar, y si la historia fuera distinta, esta sería la historia de la pradera de las violetas o la historia de la pradera de las rosas, pero es la historia de la pradera de las margaritas, de un campo lleno de margaritas y de las primeras elecciones de los ratones que deben ser igual de importantes a las elecciones de las que nos habla el profesor en la asamblea del bosque.

Al principio no éramos tantas familias, aunque igual éramos una sola familia, como ahora. Esto es difícil de explicar porque los demás animales tienen distintas familias y no son una sola. Nosotros los ratones somos muchas, pero somos una, y por eso tomamos las decisiones en conjunto, y por eso así como en casa tenemos unas tareas y unas relaciones entre papá y mamá y mis hermanos y yo, también en la familia grande hay unos que son como papá y mamá y otros que son como mis hermanos y yo. Todos los ratones nos comportamos así, y por eso lo que pasa en el salón común es como lo que pasa en la sala de mi casa. Cuando yo no estoy de acuerdo con algo puedo discutirlo con mamá y papá, y si al final ellos me convencen, pues muy bien, y si al final yo los convengo, también muy bien. Aunque suele pasar más lo primero, sin importar que tome tiempo, porque a veces me demoro

mucho en entender lo que me dicen y me tienen que explicar bien por qué es que lo que ellos dicen tiene más sentido que lo que yo digo. Horas y horas pasan, pero no es de eso de lo que quiero hablar, sino de las margaritas.

La primera reunión en el salón común fue cuando ya habían construido los túneles, cuando estaban ya establecidas las tareas de quien va por comida, de quien cuida las crías, de quien se encarga de reforzar las paredes para prevenir la lluvia. Mejor dicho, la primera reunión fue cuando ya todo lo básico estaba resuelto y entonces podían reunirse y tomarse el tiempo para tomar decisiones. Y la primera decisión era qué flores plantar en la manga donde habían construido la



madriguera, para cubrirla y que el calor dentro fuera menos, para que las raíces ayudaran a hacer más resistente el techo, para que cuando el bosque hablara del hogar de los ratones lo pudiera hacer hablando de las flores que crecían sobre él. Y ahí empezó la conversación de la familia, que es como la que ocurre en este momento en el bosque, en la que uno dice que mejor votar por la

hormiga y otros dicen que mejor

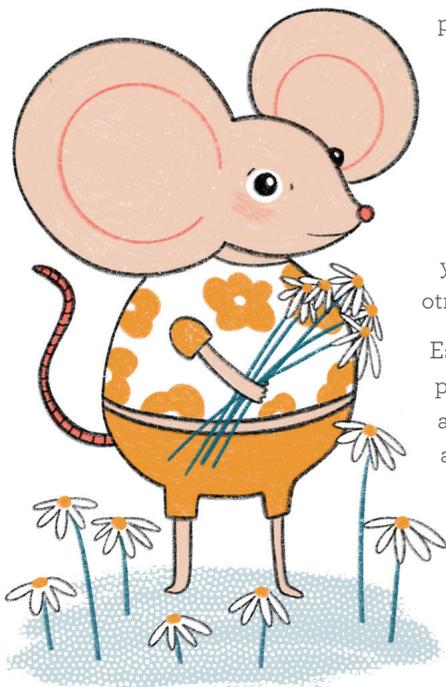
por el tordo y así. Solo que en el caso de los ratones no eran animales sino flores. Y unos decían que claveles y otros decían que violetas y otros decían que tulipanes y otros decían que rosas y otros decían que girasoles.

Esta primera parte siempre pasa. En casa, cuando vamos a elegir qué comer, también a cada uno se le permite sugerir sus opciones.

Y luego cuando están todas las opciones disponibles empieza la etapa de presentar

las virtudes de cada una. Así lo dice mi tatarabuelo: “Presentar las virtudes”. Y creo que eso también es importante en las elecciones del bosque, en las que quien quiere que sea uno de los animales y no otro debe presentar las virtudes de su preferido. Claro, no siempre ocurre, mi tatarabuelo estaba enojado hace poco porque aparentemente en las elecciones alguien estaba centrándose en presentar lo malo de otro animal. Dice mi tatarabuelo que eso no sirve de nada, que desvía lo importante, y es que me pongo a pensar y de nada habría servido, por ejemplo, decir que el girasol es feo cuando se marchita, o que se demora mucho en crecer. Esas son cosas que aparecen por sí solas cuando alguien las piensa, mejor hablar de cómo el girasol da también semillas que se pueden comer, y de que cuando crece crea un bosque miniatura.

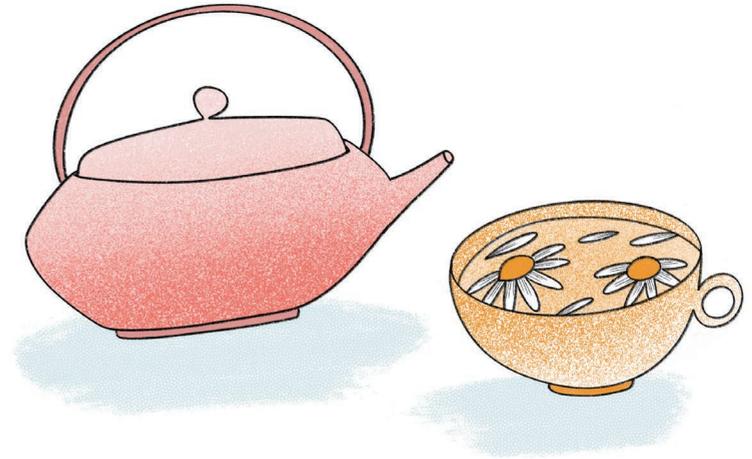
Así fueron las elecciones de la pradera de las margaritas. Cada flor se presentó según sus virtudes y cada flor tuvo quien la promoviera. Los equipos a favor de cada flor hablaban de sus virtudes con los demás ratones siempre que tenían oportunidad e iban mostrando por qué sería adecuado elegir esa flor para sembrarla. Y de a poco las virtudes de las margaritas fueron ganando terreno. Por no ser muy grandes, permiten que podamos tocar las flores y los pétalos sin mucho esfuerzo. De sus corolas pueden hacerse aromáticas que ayudan con los dolores, que alivian de los insomnios, que sirven para el reposo. Duran todo el año, sin estaciones, siempre hay en cada planta al menos una flor. Huelen rico. Uno puede oler la pradera de las margaritas



desde muy lejos y en el bosque hay muchos que se guían por su perfume cuando sopla el viento.

Cuando le conté a mi tatarabuelo mi idea para esta tarea, usar la elección de las margaritas para hablar de las elecciones a la asamblea, me dijo que en el bosque harían bien en recordar lo que los ratones no olvidamos nunca, es decir, que somos una familia muy grande, con muchos miembros que incluso no conocemos, pero que no por eso dejan de ser familia. Dice mi tatarabuelo que si recordáramos eso no dejaríamos que las elecciones se volvieran nefastas, y yo no tengo claro qué significa “nefastas”, pero se me grabó mucho porque mi abuelo dijo la palabra como si le doliera en las muelas. Al menos eso me pareció a mí, porque hizo la cara que hacía mi hermano el día que se lastimó una muela con una semilla. Para el dolor le dieron agua caliente con pétalos de margarita. Una mezcla muy usada cuando tenemos dolor en los huesos por crecer, o cuando nos molesta la panza. Tengo que buscar qué significa “nefasta” y qué es “tendencia a divagar”.

Pero mejor termino ya este texto porque creo que se me ha ido muy largo. Al final la familia eligió las margaritas y los ratones que querían otras flores no se pusieron mal porque sabían que había sido una decisión entre todos. Por el contrario, ayudaron a plantar y a cuidar las primeras margaritas, y con el tiempo fueron sugiriendo cómo mantenerlas lo más bonitas posible. Ahora ya hay toda una pradera y yo no sé cuántas sean así



haya dicho que sí al principio. Son muchas, eso sí es cierto, muchísimas. Y esa es mi historia personal de unas elecciones, y no sé qué tanto se parezcan a las elecciones del bosque, pero me gustaría que se parecieran. Porque la pradera de las margaritas es resultado de una gran elección en la familia de los ratones y yo me siento orgullosa de ella así haya ocurrido hace tanto. Cuando entienda mejor de lo que hablan en el salón comunal intentaré que siempre nuestras elecciones sean como esa.

Para recordarle al bosque que somos todos una familia muy grande y que todos los que serán niños en el futuro puedan sentirse orgullosos de lo que elegimos hoy. Y eso es todo, firma Margarita, la ratona de la pradera de las margaritas.

Actividades para después de leer

Decálogo personal para las futuras generaciones.

Escribe el decálogo de tu vida, esas ideas que defiendes, esas nociones que te definen y que te gustaría que pasaran a otras generaciones de tu familia. Diez puntos que definen tu relación con el mundo, diez puntos a los que siempre recurres para elegir entre dos opciones, de acuerdo a cuánto se corresponda cada una con tu decálogo personal.



1 _____	6 _____
2 _____	7 _____
3 _____	8 _____
4 _____	9 _____
5 _____	10 _____

“ Cuando existe una visión trascendente es más fácil mantener el rumbo de la vida y esto es lo que ofrece el arte ”.

Episodio *Política y arte.*
Pódcast *La política en el espejo.*

Capítulo 7

Retratos del bosque entero

De la política y el arte

En todas las sociedades existen saberes y habilidades específicas que algunos desarrollan, por gusto o por facilidad, y que sirven a todos. El arte es uno de esos dones que se convierte en un bien común. Cada artista es un promotor de la belleza, narrador de lo colectivo y, al tiempo, agitador de ideas en las que muchos se inspiran y que muchos pueden replicar.

Por esto, cuando los seres humanos hacemos un alto en el día a día para recordar una fecha especial, dichas conmemoraciones suelen estar enmarcadas en piezas de arte en cualquiera de sus formas: pintura, música, escultura, cine, historieta, literatura. La pregunta es, ¿cómo llegar hasta aquí? ¿los artistas inspiran la realidad o la realidad inspira a los artistas?

Resolver esta aparente paradoja es tan complejo como innecesario, pues ninguna pieza hecha por el hombre carece

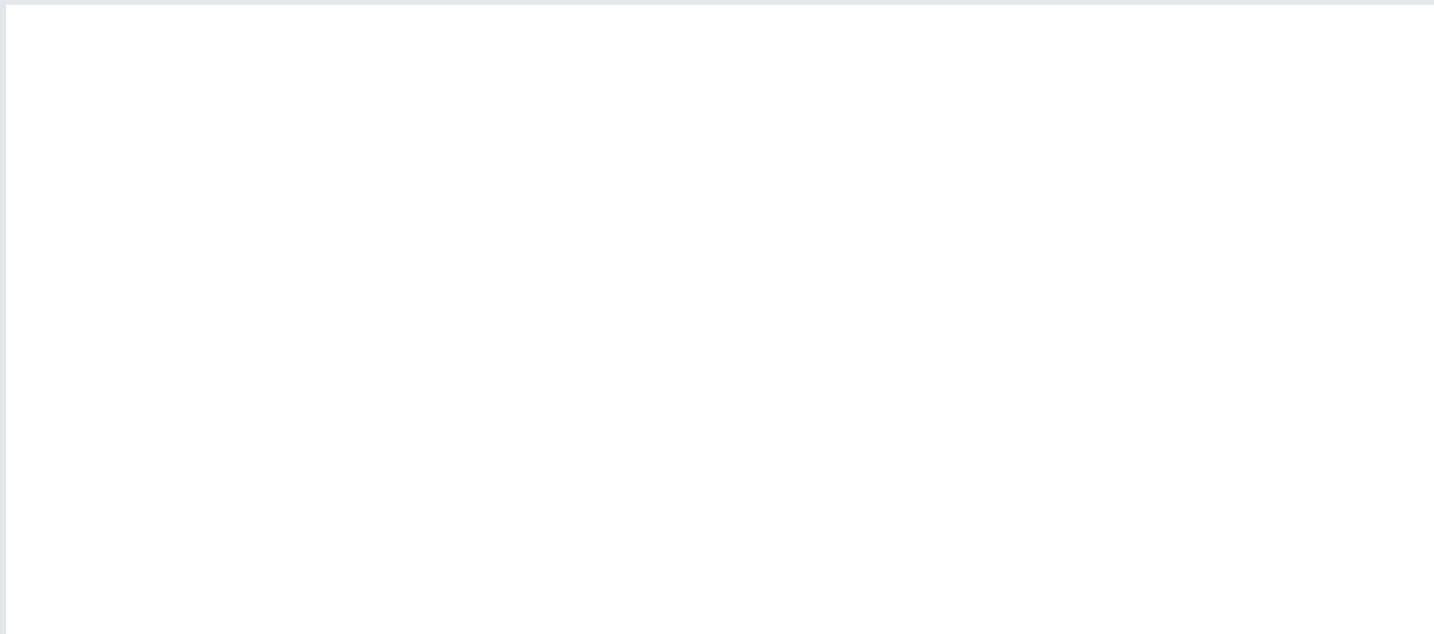
de un tono social, de una relación con el contexto donde fue creada. Con intención, o no, todas las personas aportamos algo a los trabajos realizados desde la sensibilidad humana. Esta fábula nos recuerda que, aunque muchas veces esperamos que los que “saben” actúen para guiarnos por el mejor camino, esos que saben necesitan la confianza y la credibilidad de los demás, pero, especialmente, el compromiso y aporte de todos.

Así sea pequeña e inexperta, la huella de cada uno, su autenticidad, es lo que hace que los relatos que construimos y contamos sean incluyentes, participativos y eternos. La creatividad es una fuerza capaz de suscitar caminos nuevos y de esto están llenas las propuestas que presentan los artistas de todos los tiempos.

Actividades para antes de leer

Autorretrato de una relación

Es hora de mirarnos al espejo: en esta página, usando la técnica que prefieras, consigna el retrato de tu relación con el arte y la cultura. Puedes pintar, escribir, dibujar, esculpir, cantar, doblar, rasgar, pegar, cortar, ¡lo que quieras!



Capítulo 7

Retratos del bosque entero

Cuando la asamblea del bosque se reunió para decidir a quién encargar la obra que conmemoraría los tres mil años del cañón del sur, a nadie sorprendió que en breve el nombre de Miguel, el tarsio, fuera mencionado. A nadie sorprendió, tampoco, que con justa deliberación en corto se decidiera que era él y nadie más quien pudiera acometer semejante tarea. Los largos años de oficio, la creatividad que le permitía reinventarse en cada oportunidad, y, sobre todo, un sentido de la belleza logrado a base de observar el mundo con los ojos abismadamente abiertos, lo convertían en la mejor opción posible. Sabían que en sus manos de dedos largos quedaba la tarea en buen lugar, y pronto se llamó a garza para que volara a su rincón del bosque a compartirle la noticia.

El cañón del sur era un lugar rocoso de antigua formación e importancia suprema para los animales del bosque. Decían que en el comienzo de los tiempos había sido su protección la que

permitió sembrar a la sombra de su cuidado, que su presencia de muralla, de roca sólida, fue bastión contra los vientos que de otro modo no habrían permitido florecer la vida en el bosque. Durante años, cada vez más, la memoria parecía olvidarse de su importancia, pero durante años, con idéntica insistencia, los animales más viejos, conscientes de la necesidad de mantener la historia viva, volvían a contar sobre el cañón del sur, sobre las primeras cuevas horadadas en su pared, sobre cómo fue primero la roca que defendió los árboles cuando estos todavía no tenían raíces suficientes para enfrentarse al viento. Los tres mil años eran, pues, una conmemoración relevante y una oportunidad, única como todas las oportunidades, de volver a mirar un territorio que quizá significaba poco para algunos.

No es de extrañar, entonces, que cuando garza se presentó ante Miguel, este recibiera la noticia con lentitud. En el fondo de sus pupilas —donde garza temería haberse perdido si las hubiera

mirado más tiempo— rutiló una chispa cósmica, como una explosión de estrellas, como si el universo fuera consciente de la importancia de ese instante. Era, de lejos, la tarea más importante que había recibido jamás, y llegaba justo ahora, en los márgenes de la vejez, como un chance único para cerrar con broche fresco y nuevo una carrera artística única en su tipo: disparatada, enriquecida con múltiples técnicas, siempre atenta a renovarse en los giros del camino.

Miguel despidió a garza con un certero: “Dígales que sí” y esa misma tarde organizó su equipo de viaje para trasladarse a vivir al cañón. Si quería presentar algo que valiera la pena, mejor haría en conocer el territorio, en vivir allí, entre las rocas peladas por el viento, siendo parte de ese paisaje muy viejo y muy árido, donde una montaña de piedra, plana como una pizarra, se elevaba hasta perderse. Estuvo instalado pronto a la vera del cañón y dejó a sus ojos beberse la magnitud de la tarea. ¿Qué hacer allí?, ¿cómo enlazarse artísticamente con esta tradición más vieja que las más viejas tradiciones? ¿Qué entregarle al bosque que fuera a la vez memoria e invitación, homenaje y movimiento?

En la obra de Miguel abundaban ejemplos tan diversos como disonantes. Había sido el pionero de la escultura viva, en la que guiando hiedra y jugando con macetas cultivadas llenó el bosque de animales que eran plantas. “Por que somos uno y lo mismo”, explicó, “y no deberíamos olvidar que siendo uno y lo mismo, plantas y animales somos el bosque”. También

había repartido por el bosque, durante unas elecciones a la asamblea, una serie de cubículos, cubiertos con mantas trenzadas, en cuya entrada se leía: “El mejor candidato a la asamblea” y que tenían por dentro un espejo. “Háganlo cierto”, dijo, “que sea verdad”, insistió cuando le preguntaron. Últimamente, sin embargo, había vuelto a lo clásico, a lo más básico del dibujo y la pintura. Con un bolso lleno de pigmentos, y usando la punta de los dedos largos como pincel, hacía retratos y escenas y estallidos de color. Algo así se imaginaba para el cañón: conseguía ver la piedra gris cubierta de colores.

¡Ah! Pero, ¿qué pintar?, ¿qué era digno de pintarse en esa pared milenaria para celebrar tres mil años del cañón que era como decir tres mil años del bosque? Para cazar inspiración empezó un peregrinaje, tenía todavía un año largo para preparar su obra. Podía confiar en que divagando aparecería el tema adecuado. Quería llenarse del bosque,



volver a verlo completo, con sus destellos, con sus oscuridades. Encontrar en algún recodo un gesto capaz de resumirlo, capaz de contenerlo entero. Estuvo en el estanque de las ranas, trepó

con cuidado en la ceiba de los nombres, vio atardecer sobre el túnel de los topos y se permitió bailar con el perfume de la pradera de las margaritas. En cada lugar sacaba su libreta y hacía bocetos, apuntes, pero todavía no ocurría el deslumbramiento, todavía no sentía que el tema hubiera llegado a él.

Al tercer mes de vagabundeo ocurrió algo. Hacía un boceto de la playa occidental del río cuando una niña nutria se acercó a mirar su dibujo. “Le falta el chapuzón”, dijo, y quizás intuyendo la docilidad del anciano le pidió la libreta. Miguel, el tarsio con los ojos más grandes del mundo, le entregó el trabajo en proceso y la nutria dibujó sobre sus trazos, con pigmento azul, algo que quería ser el movimiento del agua cuando alguien se sumerge de golpe

desde la orilla. “Así está mejor”, le dijo devolviéndole libreta antes de saltar al agua. . No era una gran obra de arte, el trazo era infantil y no dominaba ninguna técnica, pero más allá de eso, allí estaba la idea. Miguel lo supo, como sabía siempre esas cosas, y a la mañana siguiente empezó su obra.

En absoluto secreto contrató un equipo de constructores. Tuvo reunión privada y compartió los planos de su idea luego de hacerles prometer silencio. Un grupo de castores, iguanas, monos y ratones empezó a desfilar en el gran cañón, cubierto ahora por entero con una manta para impedir las miradas curiosas y mantener, de ser posible, la sorpresa. Mientras tanto, Miguel se dedicaba a seguir vagando por el bosque. Dedicaba las mañanas a hacer bocetos, a pintar escenas. Y las noches, conmovido por el gesto de la niña nutria en su dibujo, empezó a dar cursos de pintura. Elegía un claro bien iluminado. Repartía pigmentos y materiales, y a todo animal que quisiera asistir le enseñaba a manejar el color, a medir las proporciones, a liberar la timidez que, por algún motivo, nos aleja de la posibilidad de inventarnos la belleza sobre el mundo.

En ebullición paralela crecían tanto la curiosidad por la obra encargada a los constructores, como el entusiasmo por participar en las clases de arte de las noches. De vez en cuando, cada quince días al comienzo, luego cada mes, e incluso alguna vez tardó dos meses, Miguel visitaba las obras en el cañón. Pasaba el día tras la cortina y regresaba luego a sus andanzas



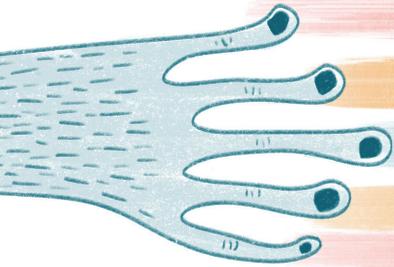
y a sus clases. La asamblea confiaba en su talento, por supuesto, pero no dejaba de preguntarse si con el escaso tiempo que dedicaba a la obra, y el mucho tiempo que dedicaba a las clases, no estaría el maestro siendo irresponsable. Quizás la magnitud lo había impresionado. Quizás la vejez, que en los tarsios llega temprano, había conseguido morderlo. Para estar tranquilos enviaron a uno de los delegados, el oso de anteojos, a hablar con él. Su regreso tranquilizó a todos. “Su obra es bellísima”, dijo luego de pasar el día y la noche en las clases de pintura y haber tenido tiempo de hablar largamente con el tarsio. “Me ha pedido que guarde el secreto, pero les aseguro que es una obra como el bosque nunca ha visto”. Con esta nueva certeza no quedaba más que aguardar el momento en que cayera la cortina, y la fecha estaba cada noche más cerca.

Faltando una semana, Miguel se retiró a vivir tras la cortina junto al equipo de construcción. Cada día los animales vecinos al cañón veían pasar cajas de materiales. Pigmentos de los más diversos colores. Carros llenos de carboncillo, de grafito. La imagen del tarsio trabajando sin detenerse, sin dormir, usando todos esos materiales, se convirtió en una leyenda. Era como pensar en una

especie de trance; un pequeño animal en trance, sin comer, sin dormir, siendo uno con la pintura. Para verlo, y para ver su obra, y porque personalmente los había invitado a cada uno a lo largo de sus jornadas vagabundas de profesor de arte, los animales en pleno asistieron a primera hora el día de la revelación. Esperaban ver surgir al genio iluminado de detrás de la cortina, su cuerpo agotado por el trabajo, su pelaje cubierto de pintura.

En lugar de esto, Miguel, apareció tranquilo. Sin manchas de pintura, sin señales de no haber dormido. El bosque completo esperaba frente a la gran cortina. La asamblea de animales no sabía qué esperar. El equipo de construcción había mantenido el secreto.





El oso de anteojos había mantenido el secreto. Todos los animales expectantes miraron al tarsio cuando empezó a hablar.

“Busqué largamente qué obra merecía este lugar y este momento”, dijo, “y la respuesta fue un chapuzón”. En el silencio su risa, su alegría, sonó como un guijarro al caer al agua y sumergirse. “Vi lo que no había visto. Este cañón es la vida de nuestro bosque, es su origen, y por tanto, es el origen de cada uno de nosotros. Si ha de ser una obra, tiene que ser la obra de todos, de cada animal, de todos”. A su señal, la cortina cayó. A espaldas de Miguel el muro estaba en blanco, un sistema de andamios se alzaba frente a él, elevándose hasta la cima. En cada nivel, ordenados, materiales de pintura aguardaban para ser usados. “Esta será nuestra obra. Les he enseñado a pintar, pero, sobre

todo, a reconocer que en cada uno está el corazón del color. Que nadie olvide nunca el día en que cada animal del bosque dejó su huella, su trazo, en nuestra historia”.

Los animales se demoraron un momento en comprender. Luego, con alborozo creciente, caminaron hasta los andamios y fueron eligiendo su rincón, su espacio. El carboncillo trazó formas, la pintura fue llenándolo todo. Cada familia, cada grupo, cada uno puso allí lo que quiso. También los miembros de la asamblea se sumaron a la obra. Miguel, el tarsio, lo vio todo.

Miles de animales, todos los animales, llenando un muro de granito de tres mil años de historia con su propia historia. Roca y corazón siendo una misma cosa. “Es hermoso”, pensó, y caminó despacio para buscar su rincón entre los demás.

Actividades para después de leer

Asomarse al oráculo

Las obras de arte de todos los tiempos llevan mensajes, no solo a sus contemporáneos sino a todos los seres humanos. Crea una pequeña bitácora de arte, llena este cuadro con obras de arte que conozcas y propón tu interpretación personal de cada una de ellas.

Obra	Movimiento / corriente	Interpretación política

**“ Complicidad, aprendizaje,
apoyo, conversaciones francas
y silencios elocuentes. En esto
y más se sostiene la amistad”.**

Episodio *Política y amistad*.
Pódcast *La política en el espejo*.

Capítulo 8

Consejería anfibia

De la política y la amistad

Las decisiones humanas se toman de formas muy parecidas. Independiente del resultado, nuestros procesos de pensamiento son los mismos. Cualquier elección que hacemos parte de sistemas cognitivos que se componen, en parte, de recuerdos y conversaciones.

La mayor parte de las conversaciones que tenemos son con amigos. Íntimos o no, las amistades, esas personas que se eligen, se quieren y se integran en la vida de forma voluntaria, nutren la mayor parte de nuestra historia y hasta de nuestra personalidad. Todos, absolutamente todos, tenemos amigos, en grandes o pequeñas cantidades, y con mayor o menor intensidad, reconocemos y valoramos la relación de amistad.

Con los amigos se aprenden las actitudes necesarias para la vida en común: la escucha, la comprensión, la lealtad, la

complicidad, el juego, la búsqueda, la empatía, el respeto por la diferencia, incluso aprendemos a disentir, a controvertir, a contrariar. Entre más amigos hay en el mundo, más posibilidades hay de que las personas se sientan seguras, felices y fortalezcan lazos de confianza.

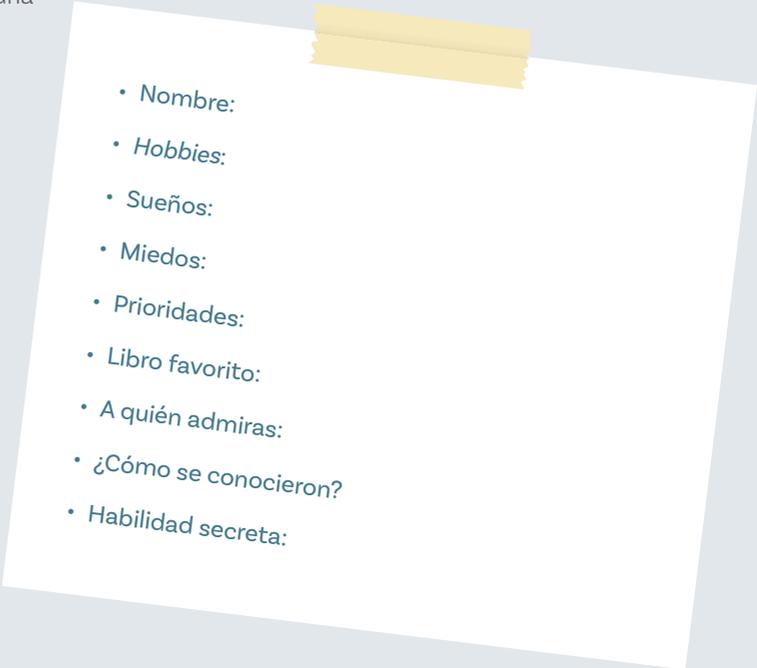
Esta fábula se convierte en una lección social y política en la medida en que enseña, de forma sencilla, los pasos y formas adecuadas para comprender a las personas, no de forma colectiva o genérica sino desde la riqueza de la individualidad. En democracia, cada persona tiene un voto, pero más que eso, cada persona tiene derechos, garantías, posibilidades y sueños que cumplir. Esta fábula invita a ser conscientes de la necesidad de fortalecer los lazos ciudadanos a través de los lazos humanos que comprende la amistad.

Actividades para antes de leer

En vivo con...

Las entrevistas han estado típicamente reservadas a personas famosas o que han hecho cosas extraordinarias; sin embargo, desde la amistad reconocemos que los actos cotidianos son valiosos, importantes. Las amistades guardan tesoros, conocimiento, anécdotas. El día a día a veces causa que olvidemos información esencial, que quizás valdría recuperar. ¿Y si entrevistas a algunos de tus amigos?

Aquí hay algunos campos que pueden servirte para comenzar:

- 
- Nombre:
 - Hobbies:
 - Sueños:
 - Miedos:
 - Prioridades:
 - Libro favorito:
 - A quién admiras:
 - ¿Cómo se conocieron?
 - Habilidad secreta:

Capítulo 8

Consejería anfibia

Pese a ser la más joven candidata a la asamblea del bosque —no solo durante estas elecciones, también en la historia de las elecciones en general—, Indira, la nutria, nos recibe con una tranquilidad propia de experiencias más largas y carreras más sólidas. Algo en su porte indica no la certeza de la victoria, que no duda en cuestionar siempre que alguien pretende insinuársela (nosotros lo hicimos en más de una ocasión a lo largo de esta entrevista), sino más bien una comprensión honda de que la derrota no es ninguna tragedia. “Hemos hecho una campaña cercana, libre”, dice cuando la conversación se acerca a estos temas, “una campaña en la que hemos hablado siempre de nuestra virtud y buscado junto a los demás animales los temas esenciales para el bosque. Solo con esto ya somos merecedores de nuestro orgullo”.

Durante el pasado mes hemos podido comprobar, de primera mano, ese orgullo al que se refiere y esa cercanía con los animales a la que nombra principal insumo de su campaña y sus propuestas. Para una nutria era evidente la cercanía de los animales de tierra y los de río, con un amplio apoyo de los mamíferos; sin embargo, Indira centró gran parte de sus conversaciones y su agenda en reunirse con insectos, aves y reptiles. Esto, que los analistas no demoraron en señalar como un error táctico en la identificación de su electorado, ha dado muestras, con el tiempo, de ser un inspirado acierto. Prueba de su efectividad es, por supuesto, esta entrevista. La campaña de Indira ha resonado con tanta fuerza en nuestra comunidad que no podíamos dejar de sentir personal interés en quién es el



corazón detrás de la candidata, de qué están hechos sus aciertos, cómo lidiará con la presión electoral y, finalmente, cuáles cree que son, a futuro, las mayores esperanzas del bosque.

Hablamos de todo esto mientras recorriamos senderos, sobrevolábamos praderas y entrábamos en cuevas profundas. Al final, la presencia de ánimo de la candidata, su claridad, su capacidad de proyectarse al futuro, terminaron convenciéndonos de que, gane o pierda el escaño, será una de los animales más influyentes de la presente década. A continuación lo que dijo, lo que opinó, lo que pudimos conocer a fondo. Recuerden, esto es *Volando Alto*, y nosotros lo trinamos primero.

Volando Alto: Desde el comienzo de su campaña los principales analistas comentaron que debería haber centrado sus esfuerzos en los mamíferos anfibios, que eran, por cercanía, su núcleo de votantes.

Indira: Pero no hicimos eso.

V.A.: Exacto, ¿podemos saber a qué se debió esa decisión?

Indira: A mis amigos (ríe). Verán, esto es algo muy sencillo de explicar y que viene de muy atrás, desde los tiempos en que estaba en el colegio, desde la tarde en que para el aniversario tres mil del gran cañón del sur nos convocaron a pintar la piedra. He estado rodeada, siempre, de animales diversos, no solo mamíferos anfibios, no. También de aves, insectos, reptiles. Fui al colegio con Agustina, la rana, ya desde

entonces le encantaba el cine; fui al colegio con Margarita, la ratona de la pradera de las margaritas; fui al colegio con camaleones, con osos, con gorriones. Mi mundo ha estado siempre acompañado de sus miradas, he sido también sus ojos, ¿cómo iba a alejarme de eso? No podía hacerlo, ellos están en mí. Soy candidata junto a ellos.

V.A: Pero debe ser difícil, no basta con querer conectar, hacerlo requiere una serie de conversaciones y cualidades específicas. ¿Qué fue lo más difícil que encontró cuando llegó a hablar con animales tan diferentes?, ¿cómo conectó con ellos?

Indira: Entiendo la dificultad que mencionas, ¿de qué habla uno, cuya vida ha transcurrido a ras del piso, con una golondrina? Bueno, aquí, de nuevo, la respuesta tiene que pasar por mis amigos. Toda amistad no es otra cosa que una larga conversación, y cuando se cultiva con tiempo y apertura uno termina aprendiendo muchísimo de aquellas vidas que el azar o la voluntad eligieron para acompañar nuestro camino. Sí, mi experiencia vital tiene limitaciones, sería ingenuo que hablara de la sensación de volar, por ejemplo, porque sería una mentira. Yo, por mucho que lo quisiera, no puedo volar, no soy Alí (ríe). Soy una nutria. Pero tengo amigas aves, y ellas me han contado lo que se siente volar, y escuchando me doy cuenta de que se parece, se asemeja, a la sensación que tengo al nadar en invierno, cuando el río está crecido. Entonces, al final, resulta que hay algo que puedo comprender, que mi narrativa vital tiene



un equivalente en sus narrativas, y desde allí podemos construir una narrativa común, una conversación. Con los amigos es más fácil, claro, pero pasa lo mismo con animales a los que nunca he visto. Siempre les pregunto por su historia para encontrar dónde hay puntos que se correspondan con la mía, para ver en qué somos semejantes.

V.A: Y desde allí saber qué temas pueden interesarles...

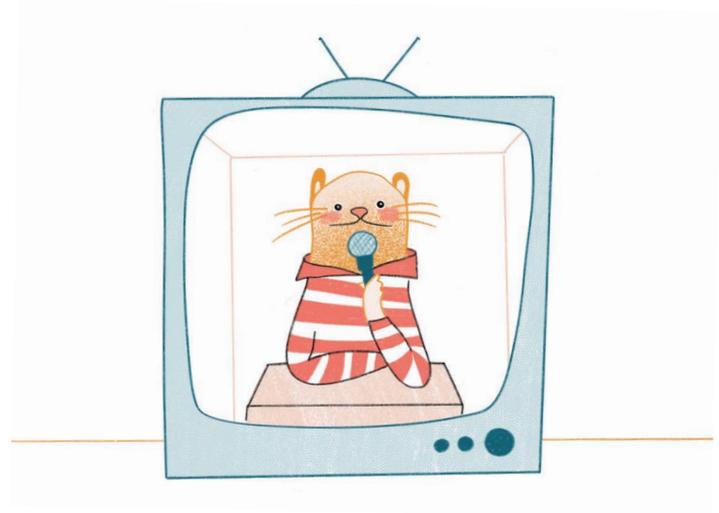
Indira: Sí, pero no es lo esencial. Lo principal es crear confianza. No todos los temas que interesan a todos los animales pueden hacer parte de mi proyecto de campaña. Tengo, como todos los demás candidatos, una agenda en la que hay temas prioritarios y sería ingenuo y falso decir que puedo abarcar todos los temas que han aparecido en mis conversaciones con los demás animales. Se los he dicho cuando ocurre, cuando la preocupación que alguien me expresa está muy lejos de mi zona de trabajo; les he recomendado, incluso, al candidato que creo puede tener ese tema como central en su agenda...

V.A: Y por cosas así se murmura poniendo en duda su deseo de ganar.

Indira: (Riendo) ¡Pero claro que quiero ganar! Todos queremos ganar, pero creo que hay cosas más importantes. Me parece más importante, por ejemplo, que el interés de los animales del bosque no se quede solo en la elección de su representante a la asamblea, sino que sea un interés dispuesto a seguir participando, revisando los procesos, proponiendo lecturas, problemas y posibles soluciones. Ese es mi verdadero sueño, si eso se hace realidad, ganamos todos mucho más de lo que cualquiera ganaría por su cuenta. ¡Pero obvio quiero ganar!

V.A: Nos estabas hablando de la confianza...

Indira: ¡Sí! Decía que busco esos puntos comunes no para crear propuestas desde allí sino para construir confianza. La confianza



es importantísima en todas las relaciones: en la familia, en el trabajo, con los amigos. También en las relaciones entre todos los animales debería ser primordial. En el fondo por eso busco puntos en común, historias similares, experiencias que podamos compartir. Porque desde allí puedo hablar con cercanía, porque desde allí puedo hablar sin barreras y al hacerlo cambia la relación. Ya no somos dos animales desconocidos los que conversan, ya somos dos animales que comparten algo, y entonces podemos confiar el uno en el otro. Desde ahí puedo plantearle al otro mis propuestas, contarlas, recomendarle quién puede estar más cerca que yo de sus preocupaciones o pedir ayuda para que me enseñe cómo conectar su visión del bosque

a mi visión del bosque. Ya desde ahí, desde una conversación que construye confianza, estamos ganando todos. Ya sé que ese animal, me dé o no su voto, sabrá que en mí encuentra alguien dispuesto a escuchar, que en el fondo es el papel de la asamblea: escuchar muy bien para poder hablar desde lo que oímos y poder soñar cómo hacer del bosque, diariamente, un mejor hogar para todos.

V.A: Ha mencionado ya en dos ocasiones la importancia de sus amigos en todo este proceso de campaña. De ser elegida, ¿los llevará a las sesiones de la asamblea?

Indira: ¡Nooooo! Claro que no (ríe), y no hace falta. Ellos estarán conmigo, por supuesto, y seguirán enseñándome como siempre lo han hecho. No hace falta que estén en la asamblea; muchos, de hecho, no hacen parte de mi equipo de campaña. Lo importante no es eso, sino la certeza de que si alguna vez necesito un consejo van a estar ahí para conversarlo, que si alguna vez necesito apoyo puedo contar con ellos. En la tierra, en el agua, en el aire, ahí estarán mis amigos para guiarme, eso sí.

V.A: Como una especie de consejería anfibia.

Indira: Sí, eso somos, una consejería anfibia. No podría haberlo dicho mejor.



Actividades para después de leer

Para mejorar día tras día, pequeño diario de la empatía

Hacernos conscientes de nuestro papel en la vida cotidiana puede ayudarnos a pulir aquellos detalles con los que no nos sentimos tan cómodos y a mantener esos que nos hacen especiales. ¿Te animas a tener tu “diario de la empatía”? Este diario es una manera de observar cómo cambia mi relación con los demás. Para cada entrada puedes usar preguntas guías como las siguientes:



- ¿Hoy cuántas veces escuché con atención?
- ¿Hoy cuántas veces interrumpí a alguien mientras hablaba?
- ¿Hoy juzgué?
- ¿Hoy reconocí a alguien sus valores o acciones?
- ¿Hablé con alguien que no conocía?
- ¿Llamé a un amigo con el que hace días no hablaba?
- ¿Elegí el diálogo por encima de otras formas de interacción?
- ¿Busqué cosas en común entre mi vida y la de los otros?

“ En la política y en el deporte las reglas del juego son importantes para determinar la manera en que se desarrollan los acontecimientos ”.

*Episodio Política y deporte.
Pódcast La política en el espejo.*

Capítulo 9

Liberar la pelota

De la política y el deporte

La vida, eso que llamamos nuestra vida, no es una condición aislada, desconectada de las demás, sino que comprende coexistencia. La política es una guía, no siempre escrita y nunca terminada, para garantizar la convivencia, la evolución y la adecuada adaptación de todas las especies.

Si vemos la vida en la tierra como un ciclo con principio, fin y reglas establecidas, entonces notaremos que se parece a un juego. Un juego en el que cada participante intenta dar lo mejor mientras aprende en el camino a relacionarse con los demás, y es que, aun los deportes que se practican en soledad tienen trabajo compartido, o mejor, tienen sentido en la medida en que son compartidos, recorridos y celebrados de la mano de alguien más.

El trabajo en equipo necesita el aporte de todos, también un liderazgo conciliador, justo y valiente para salirse de moldes e

involucrar a los que están fuera de ellos. Por tanto, en el juego de la vida, la política es un manual que se reinventa en cada partida y que no tiene espectadores adicionales a los mismos jugadores. Es un juego sin suplentes y sin bancas, aunque algunos se empeñen en sentarse en ellas.

Esta fábula resalta la importancia de los líderes visionarios, de los cambios y de las nuevas propuestas, de la conveniencia de hacerse a un lado y pasar de ser jugador a entrenador, o viceversa, cuando es necesario; resalta la vulnerabilidad de los más frágiles, pero también la subjetividad de eso que llamamos debilidad. Pues en el juego de la vida una de las principales habilidades es crear con otros, y de esto, cualquiera es capaz.

Actividades para antes de leer

La búsqueda de los acuerdos comunes

Para comprender la importancia de los acuerdos comunes, una posibilidad es jugar sin acordar antes las reglas del juego. Hasta las actividades lúdicas más tradicionales —esas que todos sabemos jugar— tienen varias formas de ser practicadas. Empieza una (un juego de parkés, por ejemplo), y luego reflexiona con tus compañeros de experimento sobre las consecuencias de hacer cosas juntos sin acuerdos o normas previas.

¡Comparte tus conclusiones en redes y empiecen una nueva partida poniéndose de acuerdo en lo que vale y lo que no!



Capítulo 9

Liberar la pelota

En la memoria de todo lo que tiene memoria, de las piedras que atisban desde la cima de las montañas y las que duermen su quietud en el fondo del río, en la corteza de los árboles, en cada raíz, en cada hoja que se mece lentamente en el viento; en las garras de los animales que escarban, las patas de los que trepan, las colas de los que se arrastran, los ojos de los que ven en la oscuridad y las narices de los que saben a muchos metros que aguarda delante; en todo lo que vuela, reptar, salta, canta, gorjea, chilla, aúlla, en la memoria de todo lo que tiene memoria estará siempre grabado el juego del año de la luna grande, cuando por primera vez en el campo de liberar la pelota* participó un equipo en el que sus integrantes no eran todos de la misma especie.

Tras la hazaña hay un puercoespín, el director del equipo, Valencio le llamaban, y no sabemos si fue sólo coincidencia o si su nombre le inspiraba a ser valiente. Poco importa. Lo cierto es que desde algún rincón apareció la idea, y la idea encontró en Valencio quien la llevara a cabo. Cuenta la leyenda que pasó días revisando las normas para ver si además de soñar su equipo ideal tendría que solicitar que se modificaran las reglas del juego, pero en el reglamento de liberar la pelota solo dice que “se enfrentan dos equipos de animales”, y eso es todo. En ninguna parte (y esto tuvo que argumentarlo Valencio en los primeros partidos) dice que esos animales deban ser de la misma especie. Cuenta el cuento que entonces, luego de revisar, vieron a un puercoespín, antigua estrella del deporte, recorrer los caminos del bosque buscando su equipo.

Y una mañana, inscrito en el torneo del bosque, apareció entre los debutantes un equipo nuevo, sin hinchada en la tribuna, que se presentaba solo como Hojas sueltas, y cuando Hojas sueltas salió al campo no eran cinco lobos, ni cinco zorros, ni cinco tejones, ni cinco nutrias. Era una zarigüeya, un zorrillo, un topo y una comadreja. Hasta ahí la sorpresa de las especies, pero la quinta



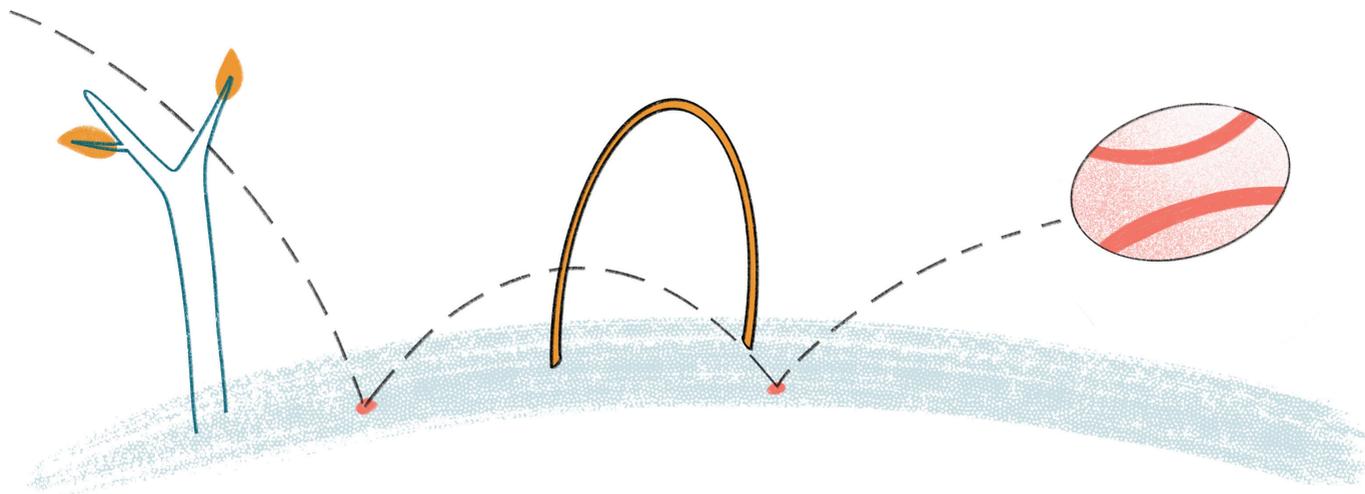
integrante era un tarso, diminuta, de ojos enormes y orejas muy grandes, casi tan grandes como la pelota. ¿Cómo iba a jugar tan frágil, tan chiquita? Tal vez nadie lo hubiera permitido, pero a cargo del nuevo equipo estaba Valencio, el puercoespín, figura mítica, héroe en el campeonato del año de las crecientes.

Los árbitros permitieron, luego de revisar las reglas, que Hojas sueltas jugara. Y Hojas sueltas jugó y perdió. Sería la primera de muchas derrotas. Sería también el comienzo de una historia que lo cambió todo.

De los ocho partidos de liberar la pelota que Hojas sueltas jugó en su primer torneo

no ganó ninguno. Sería más preciso decir que de los ocho partidos que jugó los perdió todos. Pero, en cada derrota, las tribunas se iban llenando de hinchas espontáneos, curiosos que asistían a alentar en el fracaso como si fuera una victoria, que celebraban cada jugada buena del equipo, que coreaban los nombres de los animales participantes. Había algo en el esfuerzo por trasladar la pelota a través de los obstáculos, en las soluciones que daban a cada nuevo desafío planteado por el equipo contrario. Una emoción al ver trabajar juntos a animales tan diferentes. Ahora, cuando los equipos mixtos son la norma, imaginar lo que debió haber sido ese equipo pionero es difícil. Ahora nos sorprendería que todos los miembros fueran idénticos, que conocieran sus capacidades mutuas porque son las propias. Ahora entendemos a liberar la pelota como un juego sobre la relación entre animales distintos, y por eso Hojas sueltas puede parecernos uno más entre tantos. Pero en el principio fueron ellos, perdiendo cada partido, quienes cambiaron el juego para siempre.

Y por eso van a recordarlo todas las hojas, todas las piedras, todos los animales que corren, se agitan, vuelan, nadan, reptan. Por eso van a recordarlo en cada rama, cueva, nido, túnel, guarida, pradera y campo de juego. Una vez un puercoespín soñó un equipo de animales múltiples y jugaron a liberar la pelota y perdieron, pero crearon algo más. Porque cuando los veían jugar, cuando los veían llevar la pelota a través de los laberintos, lo que estaban viendo desde las tribunas era una



representación del bosque. Del bosque con todo lo que lo habita, del bosque con sus retos, con sus laberintos.

Al año siguiente fueron tres de los ocho equipos los que presentaron jugadores mixtos. En poco tiempo la excepción se convirtió en tendencia, y el juego, ya aclamado por los animales, se convirtió en furor colectivo. Cada vez más equipos seguían la estela de Hojas sueltas, que para la época se había disuelto y sus integrantes pasado a nuevas formaciones (incluso la pequeña tarso encontró donde jugar). La renovada popularidad hizo que el torneo recibiera ya no ocho equipos sino dieciséis, y

siguió creciendo hasta los treinta y dos que juegan actualmente. Valencio no ha vuelto a dirigir ninguna de las formaciones. Su retiro, desde las tribunas, es la presencia de una leyenda contemplando en paz los resultados de su obra. ¿Soñaba acaso las consecuencias de su acción?, ¿podía imaginar cómo cambiaría todo luego de esa serie de derrotas?

No lo sabremos nunca con certeza, pero una vez alguien le preguntó de dónde había salido la idea de un equipo mixto, del primer equipo mixto. “El juego”, dijo, “es reflejo de la vida y algo debe enseñarnos sobre ella. Al menos a trabajar en equipo.

tristes los equipos, también en la vida, en los que todos se parecen a todos”. A la solución de ese misterio se sumó otra pregunta. Cómo había elegido quiénes harían parte del equipo, cuál fue su criterio para elegir a los jugadores. Respondió riendo: “Les pregunté si querían jugar, eso fue todo. Quien quisiera estaba dentro, no importaba nada más”, dijo. “Puede no haber sido la decisión técnica más prudente, pero resultó ser la más sabia. El juego, como la vida, es para todos los que estamos dentro”.

*** Nota del traductor:** Liberar la pelota es el deporte del bosque. Hay otros deportes, por supuesto, juegos y competencias de habilidad física y mental. En el agua, por las ramas, bajo tierra. Sin embargo, ninguno es tan completo ni despierta tal emoción entre los animales como liberar la pelota. Se trata de un juego en equipos, generalmente de cinco animales, que deben transportar una pelota del tamaño de una sandía a través de un campo de juegos cubierto de obstáculos. La pelota puede desplazarse a través de lanzamientos, ya sea a ras de suelo o por el aire. A lo largo del recorrido, sin embargo, hay ciertos tramos específicos donde debe hacerlo de una u otra manera. Los campeonatos de liberar la pelota son anuales, todo equipo que desee inscribirse puede hacerlo. Al final de cada partido uno de los dos equipos enfrentados acumula puntos por ganar, mientras que el otro no lo hace. Una vez terminado el torneo se declara ganador o ganadores a los equipos que hayan alcanzado un mayor puntaje.



“ La política y el amor encauzan la vida... Dirigen nuestros esfuerzos y le dan sentido a nuestra lucha cotidiana”.

*Episodio Política y amor.
Pódcast La política en el espejo.*

Capítulo 10

La luz del mundo

De la política y el amor

¿Es posible sentir amor por lo desconocido y afecto por un “extraño”? Aunque no sepamos su nombre, resulta que el desconocido no es tan desconocido ni el extraño tan extraño. Aunque ignoremos la procedencia de la mayoría de las personas con las que habitamos el mundo, en el fondo de nuestra humanidad sabemos que los otros son como nosotros. Que un vínculo secreto, muchas veces invisible, nos conecta.

Los dolores, alegrías, preocupaciones y emociones las vivimos de la misma manera. Aunque con distintos matices, para cualquier persona el dolor es dolor, el respeto es respeto y la verdad es verdad. Ese conocimiento compartido de lo esencial es lo que nos permite ponernos en el lugar del otro antes de tomar cualquier decisión, y es también lo que nos mueve a

servir, a consolar, a atender y a auxiliar. Es esa apertura a la vulnerabilidad ajena lo que hace que las sociedades sean viables y eso, aunque sea sutil y poco reconocido, también es importante y altamente político.

Esta fábula nos recuerda que la búsqueda del bien común, muchas veces discreta y delicada, es tan poderosa como cualquier rebelión masiva. Para ser felices las personas necesitamos, sobre todo, personas a las que podamos hacer felices. De esto se trata la lógica de la vida en común: de cuidarnos, de protegernos y de construir desde las debilidades y fortalezas de cada quien. Esta fábula resalta el poder de los gestos desinteresados de cuidado mutuo y exalta la capacidad de amar en su dimensión social.

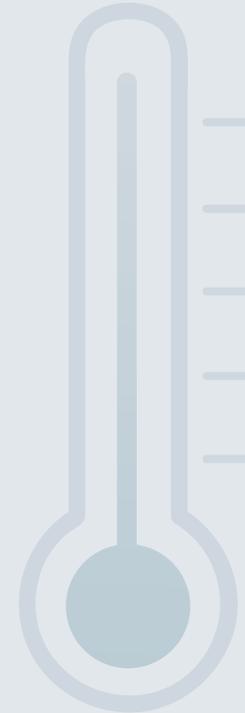
Actividades para antes de leer

Escuchómetro

Para servir hay que comprender y para comprender hay que escuchar.
Con el siguiente cuestionario puedes valorar qué tan buena escucha eres:

- ¿La mayoría de las veces que escuchas te sientes en la obligación de opinar? **SÍ NO**
- Las personas que te conocen, ¿pueden decir de ti que los escuchas? **SÍ NO**
- Las personas que no conoces, ¿se sienten escuchadas con atención? **SÍ NO**
- ¿Recuerdas con claridad la última conversación que tuviste con alguien? **SÍ NO**
- ¿Puedes enumerar tres historias que te hayan contado con detalle? **SÍ NO**
- ¿Te gusta escuchar a los demás? **SÍ NO**

Además de las respuestas, piensa qué espacios de tu vida cotidiana dedicas a escuchar a las demás personas y cómo podrías hacer esos espacios más valiosos.



Capítulo 10

La luz del mundo

Luciérnaga era luz. Lo era, literalmente, cuando en medio de la noche su paso parpadeante de relámpago miniatura recorría los senderos y los ojos de los animales niños, que embolataban el cansancio para estar despiertos una hora más, confundían su aparición con la de las estrellas que tejen en el cielo su recorrido y a las que, dicen, se les puede pedir el cumplimiento de un deseo. También al paso de luciérnaga se pedían deseos en forma de favores. Sabían los animales que si tenían un mensaje, un secreto, una palabra dentro que no encontraba cómo salir, podían silbar a la lucecita breve que deambulaba la noche para tener siempre una escucha atenta, y un consejo, y una voz que guía y ayuda. Por eso luciérnaga era luz también, de otra manera menos vistosa, y que algunos, si se les preguntara, llamarían esperanza.

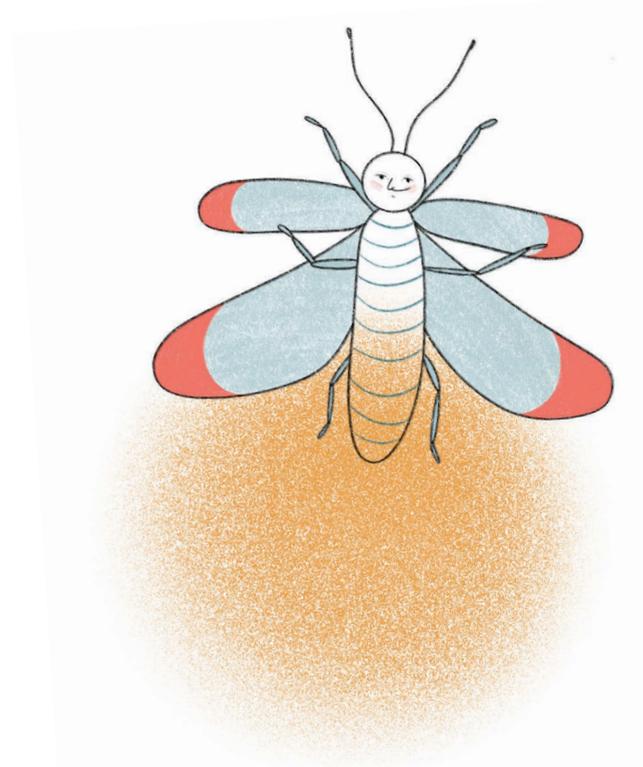
Nadie sabía exactamente la edad de luciérnaga. A los animales con huesos les sorprendía su longevidad, pues suponían que todos los insectos, como todo lo pequeño, tenían vida breve. Luciérnaga, cuando alguien le preguntaba a este respecto (y la curiosidad abundaba, pues muchos le habían visto siendo cachorros y ahora, ya con años a cuestas, seguían atentos a su parpadear nocturno), solía responder que mientras diera luz a alguien en la oscuridad del bosque, su presencia seguiría estando y siendo tan joven como siempre. Y aunque lo decía convencido, con una sonrisa en las antenas, para todos empezaba a ser evidente que el titilar de su luz era más breve, que los intervalos de oscuridad entre cada encendido iban ganando segundos, que el cansancio (ese río ineludible en donde todos habremos de naufragar alguna vez) reclamaba su presencia y el reposo de Luciérnaga. Temblaban los

animales del bosque al pensar en una noche en la cual ninguna luz en código morse recorriera los caminos.

Como un homenaje, como una forma de hacerse compañía unos a otros en el tránsito de la pérdida, de prepararse mutuamente para decir adiós, empezaron a reconstruir la historia de luciérnaga. Y cada noche, en las casas, en grupos, en pequeñas reuniones, iban desenmarañando una forma de vida que, aunque particular, no dejaba de parecerse a la de tantos animales. Había allí lo que había en todas las vidas: la amistad, el ejercicio de la risa y la conversación, el deseo de conocer nuevos horizontes, las historias en las que el bosque era escenario y protagonista. Pero había también otra cosa, un detalle único: los paseos nocturnos, esa eterna voluntad, —todavía presente en el insecto anciano que seguía recorriendo los caminos—, de salir para alumbrar, para escuchar, para aconsejar, para hacer compañía a los animales en sus preocupaciones insomnes. ¿Había luciérnaga siempre recorrido las noches del bosque ofreciendo su presencia luminosa a los que no podían dormir? Solo los más viejos de todos recordaban un tiempo en que no fue así, y cuando entre ellos fueron tejiendo la memoria, descubrieron que todo había cambiado, que los paseos nocturnos de luciérnaga habían comenzado desde que el bicho de luz había sido electo como representante a la asamblea del bosque.

Fue hace muchos años. La luna había crecido y vuelto a angostarse más de cien veces desde entonces. Largas lluvias habían llenado los estanques y las hojas de los árboles estacionarios cayeron y

volvieron a crecer. Cuando luciérnaga era joven, los de su especie necesitaron la siembra de una parcela de tréboles que sirviera para el reposo y el alimento. Con el fin de conseguirla participaron, por primera vez, con un candidato a la asamblea. Luciérnaga quedó electo por los votos de los insectos (que casi nunca sugieren

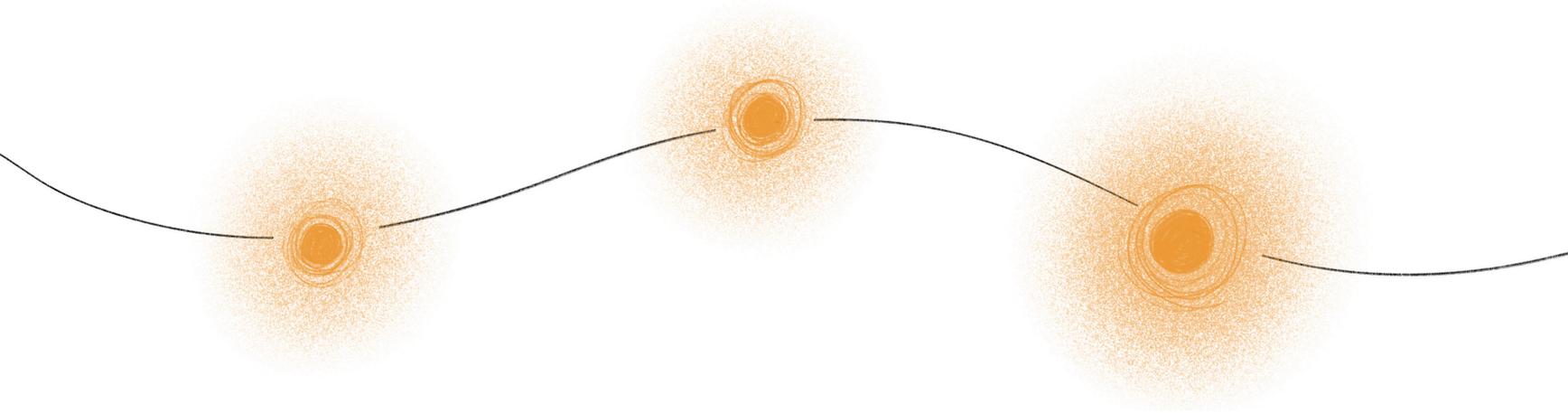




nombres, aunque es seguro que su votación consigue escaño, tan numerosos son como la arena), y en poco menos de tres meses la pradera con tréboles era una realidad. Pensó entonces, el joven luciérnaga, en renunciar a su puesto para evitarse más largas reuniones, para volver a su vida reposada, con tréboles ahora. Después de todo, ya había logrado lo que su candidatura prometía, lo que buscaba.

Pero no lo hizo. Algo empezó a crecer en él. En las asambleas escuchaba historias. Animales que necesitaban apoyo, ayuda con temas pequeños y grandes y medianos. Aprovechando su investidura fue visitando distintas partes del bosque, oyendo a los animales con sus cuitas, recomendando acciones cuando veía que algo podía hacerse o mencionando nombres cuando sentía que alguien podía tener una respuesta. Los dos años que luciérnaga estuvo en la asamblea logró hacerse conocer por el bosque entero. No hubo animal que no recibiera su visita y que en su visita no encontrara la escucha atenta de quien no sabe si puede ayudar, pero tiene toda la disposición para hacerlo. En ese periodo aprendió luciérnaga lo que luego sería el compás de sus acciones: muchas veces lo único que necesitaban los animales era ser escuchados, compartir sus laberintos en voz alta para que estos se presentaran más claros, menos lúgubres, no tan cerrados como habían creído. En esos dos años luciérnaga aprendió a escuchar, y ya no dejó de hacerlo nunca.

Poco después de terminado su periodo como representante en la asamblea comenzaron sus paseos nocturnos. Eran visitas de amigo, eran gestos sencillos de una cercanía animal primitiva y espontánea. La alegría de un ser vivo dispuesto a compartir su luz (literal y metafórica) con los demás. Ahora, cuando conversan los animales para recuperar el legado de luciérnaga y su luz es una antorcha cada vez más tenue en la distancia, descubren asombrados cómo sus palabras tejieron todo un sistema entre los demás, una red delicada y casi transparente



de ayudas mutuas, de pequeños gestos de apoyo, de formas sutiles de estar juntos que terminaron siendo importantes para el bosque. De alguna manera las palabras de luciérnaga le dieron la idea al búho de liberar su biblioteca, junto a la amistad de luciérnaga una joven nutria hizo las paces con su amigo el camaleón, de los consejos de luciérnaga tomó un viejo puercoespín la idea que cambiaría los juegos del bosque para siempre, gracias a la escucha de luciérnaga encontró un animal dibujante las ganas de crear su propia palabra. Una luz en el bosque, la luz del mundo paseando su relampagueo cada noche entre los árboles sin esperar nada a cambio.

La última noche, luciérnaga descansó de su vuelo en un ramaje bajo; junto a ella, casi esperando su llegada, los ojos jóvenes

de un zorro (su nombre no hacía mucho había sido escrito en la ceiba de los nombres) contemplaron sorprendidos el brillo. Desde una satisfacción honda, luciérnaga le habló.

—Son hermosas las estrellas, allá arriba. Esa luz siempre acompañará al bosque. Estoy viejo, soy un bicho que pronto habrá de sumarse a los árboles y al viento. Escucha, ahora, yo he escuchado mucho durante mucho tiempo y ahora quiero hablar un poco. Hace años, suman más que tu edad, aprendí algo importante. No, no algo importante. Aprendí lo más importante de todo. Fue mientras estuve en la asamblea. Entonces escuché a los animales, entonces conocí a los animales. Entonces comprendí que, en el fondo de todo esto (el bosque, las estrellas, nosotros), somos un gesto sencillo, en el fondo se trata de amar

profundamente. Amar al bosque, amar a las estrellas, amar a los animales. Y no hacen falta grandes acciones, no hacen falta demostraciones elocuentes ni estallidos de luz como el sol mismo. Bastan las pequeñas cosas, las sencillas, las de todos los días. La verdadera asamblea está ahí, en los animales que se ayudan cada jornada. Pequeños gestos comunes y maravillosos que son como una luz parpadeante, siempre presente, titilando a lo largo y ancho de todos los bosques.

Luego luciérnaga se marchó, y a la mañana siguiente la noticia de su muerte llenó los corazones con agradecimiento y nostalgia. Para despedirlo, el bosque se reunió a recordarlo, y un zorro joven leyó un poema:

~~~~~

*Hoy somos la luz del mundo.  
El relámpago que habita  
en todo quien necesita  
la esperanza en lo profundo.  
Faro guía y vagabundo  
de encuentros y resplandor  
compartiendo su fulgor  
pata a pata, sueño a sueño.  
Hoy cada quien es el dueño  
de un poquitito de amor.*

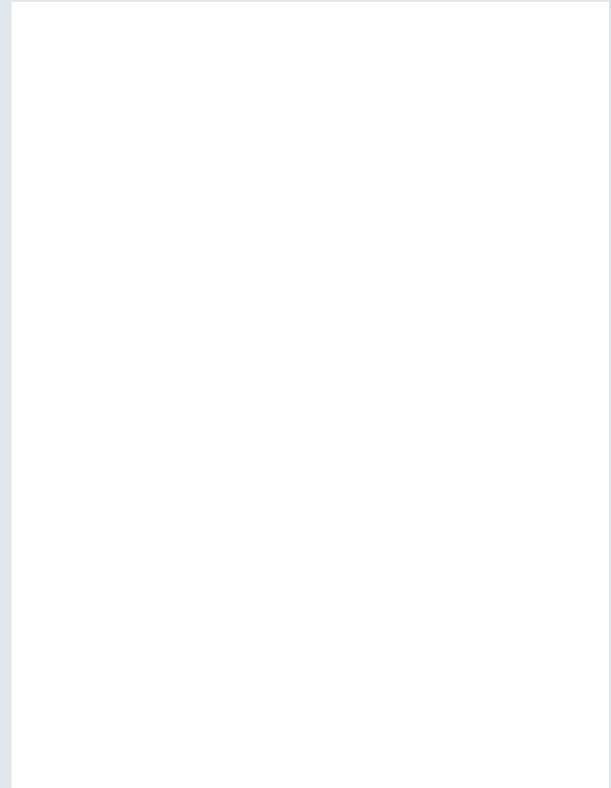


# Actividades para después de leer

## Pequeños garabatos de mi relación con la política

La política necesita personas que aporten, pero sobre todo personas que conozcan y se conozcan, pues de ese conocimiento personal parte la relación con los demás. Te proponemos las siguientes preguntas de reflexión, que te servirán para llevar la política a tu vida cotidiana:

1. Dibuja aquí cómo es tu relación con la política.
2. ¿Cómo han cambiado tus creencias, convicciones y prioridades a lo largo de los años? Has tres dibujos que te ayuden a guiar la reflexión, uno para el pasado lejano, otro para el pasado reciente y el último para la actualidad.
3. ¿Cómo es tu relación con la sociedad que habitas? Intenta trazar tu autorretrato dentro de tu cotidianidad, ¿cuál es tu papel?, ¿dónde te ubicas?
4. ¿Cómo devuelves a tu comunidad lo que esta te aporta? Traza vínculos, ¿cómo te conectas con los procesos de tu entorno?



**“ En política no existen  
tallas únicas”.**

Episodio *Política y moda.*  
Pódcast *La política en el espejo.*

# Capítulo 11

## El hilo invisible

### De la política y la moda

La necesidad de vestirnos —de adornarnos— es una condición tan humana como las decisiones sobre cómo lo hacemos. Todas las acciones que involucran percepción, gusto y creatividad también lo son. De ahí que, decorando nuestro cuerpo con tela, un espacio con muebles o nuestra piel con color, estemos transmitiendo mensajes.

Observar las decisiones que otros dejan ver en sus atuendos es valioso, pero es más valioso aún observar las ideas que transmiten en sus acciones y palabras. Conocer los gustos, prioridades y todo aquello por lo que al otro le interesa ser recordado es un bálsamo en las relaciones sociales.

Por tanto, la moda, más que tendencia o industria, es un ritual que muestra mucho de lo que no se ve. Es a veces una excusa para transmitir símbolos, y de esto siempre se ha valido la política.

Esta fábula resalta la importancia de conocer con discreción para actuar con precisión, de pensar en el otro con interés genuino de generar bienestar y de entender a cada persona en su individualidad. Porque si los políticos actuaran con el cuidado con el que lo hace un tejedor avezado, no habría hilos desprendidos, sociedades rotas ni prendas a medio terminar.

# Actividades para antes de leer

## Palabras hiladas

Jugar a decir lo primero que se nos viene a la cabeza revela justamente esas ideas que tenemos y que a veces no conocemos del todo. Muestra también lo que ignoramos y lo que juzgamos mal. Escribe al frente de estas palabras la primera palabra que se te viene a la cabeza:

Política: \_\_\_\_\_

Justicia: \_\_\_\_\_

Gobierno: \_\_\_\_\_

Partidos políticos: \_\_\_\_\_

Nación: \_\_\_\_\_

Elecciones: \_\_\_\_\_

Políticos: \_\_\_\_\_

Gobernantes: \_\_\_\_\_

Voto: \_\_\_\_\_

Participación: \_\_\_\_\_

Democracia: \_\_\_\_\_

Libertad: \_\_\_\_\_

A partir de esto puedes diagnosticar tu grado de conocimiento, cercanía y relación con estos temas. Y, por qué no, te puedes motivar a profundizarlos, a cambiar tu percepción, a buscar otras formas de entender para descubrir otras formas de habitar.

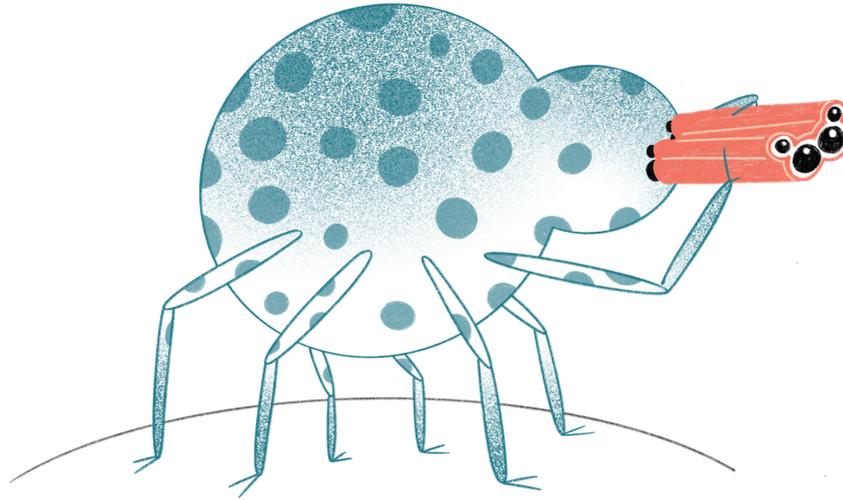
## Capítulo 11

# El hilo invisible

Existía en el bosque una manera de decir cuando alguien quería afirmar de algo que era fime, duradero: “Está tejido por oruga”. Y aunque los más jóvenes no lo recuerden, aunque los niños no lo comprendan, la historia detrás del dicho es una historia real. En cada familia del bosque puede encontrarse, si se busca bien, un testigo silencioso de este cuento, un testimonio que conserva un pedacito de la historia. Puede ser un sombrero, un calcetín, un chaleco con tres botones y el detalle de una flor junto al ojal. Puede ser una bufanda tenue como la brisa, o un par de guantes con agujeros para que asomen los dedos del perezoso. Seguro en cada casa hay uno, pero vamos al principio para que todo sea más fácil de comprender. Digamos, como dicen los cuentos:

Había una vez en el bosque una joven tejedora cuyo talento no era todavía reconocido. Hasta entonces el trabajo de las telas,

la confección, pertenecía casi que exclusivamente a las arañas, quienes podían tejer en grandes cantidades, por horas y horas sin agotarse. Nuestra protagonista no era, sin embargo, una araña: era una oruga. Las orugas, como todos saben, necesitan de su tela para convertirse en mariposas, por eso era extraño el deseo de nuestra protagonista: quería tejer para otros, incluso si eso significaba no lucir nunca un par de alas, incluso si eso significaba sacrificar el esfuerzo de su tela para usarla en otros tejidos. Al comienzo todos creyeron que era un capricho, un arrebató de la juventud, una de esas locuras justificables por la edad y permitidas con condescendencia. Pero, poco a poco, prenda a prenda, los animales tuvieron que reconocer que oruga quería tejer. Y, poco a poco, prenda a prenda, los animales tuvieron que reconocer que en el tejido de oruga había algo especial, algo que nunca habían visto.



Empezaron a ganar popularidad las prendas tejidas por oruga. Su producción era lenta, es cierto, y no en todos los casos permitía a los animales elegir qué deseaban encargar. Les recibía en su árbol, los observaba y les decía una fecha en la cual recibirían su tejido. Uno podía ir queriendo un cinturón y resultaba que tejía un gorro, o ir por un gorro y terminar con una bufanda, o ir por una bufanda y terminar con un chal, o ir por un chal y bueno, ya me entienden. Lo extraño del procedimiento alejó a algunos, pero solo al principio. Con el tiempo, incluso quienes se habían negado al comienzo fueron pasando por sus

patas, dejándose observar para la toma de medidas, y vistiendo, eventualmente, alguna de las prendas de oruga. Por si lo anterior fuera poco, tenía otra regla: solo tejía una vez para cada animal, y nadie, ni con grandes ofertas, pudo quebrantar su voluntad de la prenda única.

Las arañas, que llevaban en eso del tejido largo rato, miraban con suspicacia la práctica de oruga. No tanto por la competencia, que bajo los parámetros de oruga no existía, sino por el misterio que envolvía, como un capullo estrecho, todas las rarezas de su oficio. Enviaron comités a espiarla, procuraron

captar en su rutina y en su hacer una explicación, un truco, un sutil engaño que revelara la necesidad de tantas argucias. Al final les habría valido más preguntarlo de frente, porque cuando una se atrevió por fin a hacerlo, cuando de pie frente a oruga una araña le dijo: “Bueno, ¿Y usted por qué hace solo una prenda por animal?” Oruga no tardó en responderle: “Para las arañas es distinto”, dijo, “pues tienen toda la tela que quieren, pero la mía es limitada y prefiero que quede con todos los animales y no solo con unos pocos”. Sorprendida por la respuesta, esa araña espía fue la primera araña en encargarle una prenda. Oruga le tejió unos guantes.

Y, poco a poco, el árbol de oruga empezó a llenarse de arañas. Las viejas tejedoras del bosque, curtidas en su experiencia, peregrinaban al taller de oruga para redescubrir los secretos del oficio, para volver a aprender lo que habían aprendido hacía tanto que podían hacerlo con los ojos cerrados. No, esa fue la primera lección de oruga: había que tejer siempre con los ojos abiertos. Para poder guiar con detalle, para poder cuidar cada pequeño gesto del tejido, para poder ver bien a los animales a quienes iba a vestir. El tejido de las arañas empezó a ser, entonces, diferente. Ya no tejían tanto, ni en serie, cada prenda era pensada para cada animal, y si renunciaron a las extravagancias de tela inútil puesta en formas inverosímiles, fue para

incluir más sutiles modos y más duraderas puntadas. Los animales de ahora quizás se sorprenderían de saber que en otros tiempos las arañas no tejían con el cuidado de hoy día, pero fue así, tal como lo cuento, hasta que oruga les enseñó de nuevo los misterios detrás de cada hebra de hilo.

Con el tiempo, casi todos los animales tuvieron su prenda hecha por oruga. Con el tiempo, también, se veía que la vejez llegaba al cuerpo de la mejor tejedora del bosque. Iba llenando sus gestos, sus patas, su lomo. Las arañas, que habían llegado a considerarla su mentora y su amiga, se sorprendieron al recordar de golpe lo breve que era su vida. Una oruga no dura demasiado. Crece, teje su capullo, se convierte en mariposa.





¿Se arrepentía oruga de no haber usado sus hilos para su metamorfosis? “No”, contestó cuando le preguntaron, “creo que no todas las orugas nacen para mariposas, y a mí me alegra haber elegido seguir así, oruga, hasta el final”. Y como no querían hablar del final decidieron no preguntar más y acompañar a oruga hasta un extremo del árbol desde donde se veía el camino de los topos, que a esa hora de la tarde rebozaba de tráfico.

Oruga gustaba de mirar el ajetreo, el paso veloz de tantos animales tan distintos. Le gustaba más ahora que antes, porque podía reconocer, pese a la edad y a la distancia, en cada uno de los animales paseantes alguna de las prendas que ella, o una araña discípula, había tejido. Allí un sombrerito, allá un chaleco, acá unos pantalones. Todo tejido por ellas, todo acoplado a los animales que los vestían como si fuera parte de ellos. ¿Cómo sabía oruga lo que cada animal necesitaba de vestir?, ¿cómo podía saberlo incluso mejor que los animales que se presentaban en su taller a solicitar una prenda? “Los veo”, contestó también a esa pregunta en una de sus últimas lecciones a las arañas, “los veo bien y entonces lo sé”, concluyó. Y aunque las arañas no entendieron del todo, con el tiempo aprendieron. Aprendieron a ver y también ellas lo supieron.

Que este necesita abrigarse la garganta porque sus palabras son frías. Que le conviene a esta otra cuidar las garras para que sus manos conserven suavidad. Que mejor para el joven soñador un sombrero que le ayude a evitar que los pensamientos se le escapen demasiado. Y un abrigo para el que tiene el corazón expuesto. Y un pantalón corto para quien necesita recordar que correr y jugar son parte de la vida. Cada uno llevaba ya la intuición de su ropaje, y si no podían verla, oruga la vería por ellos. Fue el último aprendizaje de las arañas, o al menos eso creyeron quienes escucharon la historia, que en este punto se encontraría con el punto final.



Pero hubo algo después, unas palabras más que fueron secreto, el último secreto compartido entre tejedoras, la última y verdaderamente última lección. Ocurrió un amanecer. Oruga llamó a las arañas a su mirador y les señaló el despertar del bosque. “Miren”, dijo, y ellas miraron. Y tal vez fuera el rocío de la hora, tal vez fuera la neblina tenue, tal vez fuera la solemnidad amorosa de la voz de oruga, pero algo en ese momento permitió que lo vieran por primera vez. Estaba en cada árbol y atravesaba a cada animal y se perdía bajo cada piedra y se sumergía temblando en el río. Lo tocaba todo, lo enlazaba todo. Había un

hilo invisible tejiendo toda la vida del bosque, conectándola, tensándose en cada animal y en cada planta y en cada piedra y en cada gota. Un hilo invisible que las arañas observaron atónitas y siguieron con la mirada hasta descubrir que también llegaba hasta ellas y que también llegaba hasta oruga.

“Este es mi último secreto”, les confió, “cuídenlo mucho, que jamás se rompa, es la hebra más importante de todas”. Y eso fue todo, luego guardó silencio, cerró los ojos y voló lejos, liviana, transparente, como tal vez vuelan solo las más raras mariposas.

## Actividades para después de leer

### Un traje a la medida

Si tuvieras que diseñar una propuesta política para tus amigos o conocidos, ¿sabrías qué medidas usar? El siguiente cuestionario es un ejemplo que puedes usar y repetir con distintas personas, las veces que quieras. No solo verás qué tanto las conoces, sino que aprenderás a observarlas mejor en futuras interacciones.

- ¿Qué es lo más importante en su vida?
- ¿Qué es lo menos importante en su vida?
- ¿Qué piensa de la política?
- ¿Qué tendencia ideológica suele apoyar?
- ¿Por qué partido político suele votar?
- ¿Por qué partido político nunca votaría?
- ¿Qué piensa de la vida, la libertad, la justicia y los derechos humanos?
- ¿Qué medida no apoyaría jamás?
- Si pudiera, ¿qué ley promovería?
- ¿Con qué político se identifica?
- ¿Cómo le gustaría ser recordado?
- 
- 
- 
- 
-

## Capítulo 12

# Instrucciones para escribir una fábula

### De la política y los animales

Este capítulo no necesita muchas letras de introducción. Si has llegado hasta aquí es porque has disfrutado cada una de las fábulas anteriores. Quizá tienes nuevas inquietudes o has fabricado nuevas respuestas...

Esta fábula hace un recuento, regresa a los temas, revela nuestros trucos, insiste en nuestras búsquedas y en nuestra profunda convicción de que la política necesita personas activas, reflexivas y sensibles que la observen en cada uno

de los espacios de su vida, con conciencia, cuidado y mucho compromiso. Que los asuntos políticos son complejos, pero también maravillosos, y que están presentes en más situaciones cotidianas de las que pensamos.

Durante once capítulos te hemos propuesto palabras, trazos y preguntas enmarcadas en historias. Esta fábula te lleva al origen de las intenciones y presenta las más bellas conclusiones del trabajo creativo detrás de este libro.

# Actividades para antes de leer

## El libro en mi propio espejo

Toma papel y lápiz y dedícate a recordar. Ve al capítulo 1, y escribe: la moraleja que te dejó, el nombre del protagonista y lo que te transmitió, y así con todos los capítulos, porque aquí volverás a encontrarlos a todos. Haz lo mismo con las demás lecturas. Una forma de aprender es recordando la emoción que se nos despertó. Para lo anterior puedes seguir el siguiente esquema:

Capítulo: \_\_\_\_\_

Protagonista: \_\_\_\_\_

Emoción que despertó: \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

Moraleja: \_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

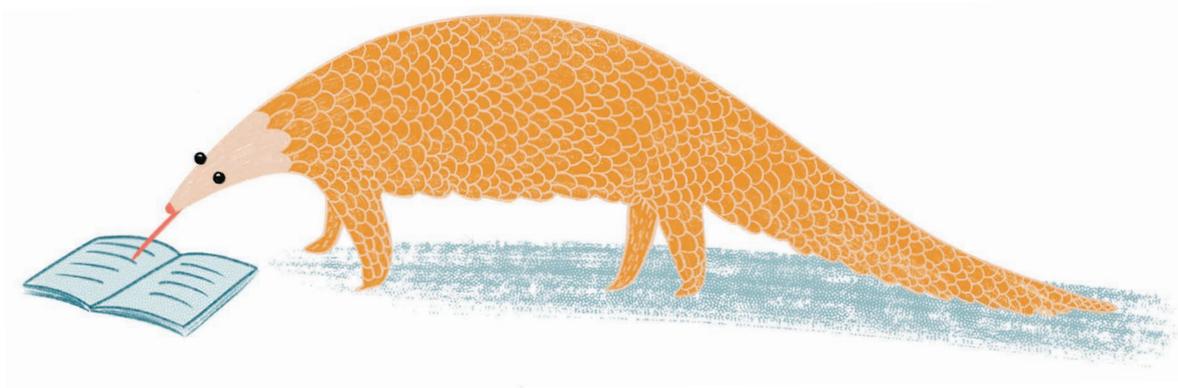
## Capítulo 12

# Instrucciones para escribir una fábula

**D**e todos los animales que caminan sobre el mundo, que se arrastran bajo la tierra, que se deslizan en la profundidad del mar, quizás el más extraño de todos sea el animal humano. Al menos eso pensaba Emilio, el pangolín, cuando se le encargó escribir un libro para explicar las costumbres del bosque. Emilio contó la organización de las abejas y el trabajo colectivo de las hormigas, contó la paciencia de la tortuga y la velocidad de la serpiente, contó el asombro del mapache ante la noche y el canto de las aves madrugadoras. Y mientras narraba todo esto no dejaba de preguntarse por la necesidad de contar: ¿de dónde les venían a los animales esas ganas de hablar con historias? Pensó que las historias eran una buena forma de explicar el

mundo, y cuando buscaba qué animal utilizar como protagonista para compartir este hallazgo, fue imposible que no volviera una y otra vez al animal humano.

Si algo tenía el animal humano es que era curioso, que andaba siempre buscando explicaciones y que inventaba siempre nuevas maneras de expresarlas. Si quería hablar de la curiosidad y de las historias, del poder del arte para relatar cosas, de la capacidad de convertir un tema en una forma de expresión, tenía que contar esa historia desde el animal humano. ¡Pero era tan diferente a todos los demás animales! Ah, un buen desafío nunca había arreadado a Emilio. Se puso las gafas sobre la gran nariz, tomó su pincel para escribir y emprendió el reto.



Lo primero que vio fue una imaginaria Alicia (¿Alicia? ¡Sí, Alicia! Ese era un buen nombre) e imaginó sus ojos grandes abiertos frente al mundo. Todo lo que entraba por esos ojos, escribió Emilio, se convertía en preguntas. Los niños humanos pasan por una etapa en la que preguntan siempre el porqué de las cosas. Para Alicia esa etapa no se había detenido nunca, y a las primeras preguntas habían seguido otras y luego otras, aumentando en complejidad a medida que crecía su mirada. ¿Y por qué andan los carros?, ¿y por qué el cielo es azul?, ¿y por qué no llueve para arriba?, ¿y por qué los niños visten azul y las niñas, rosa?, ¿y por qué existe la desigualdad?, ¿y por qué elegimos un presidente?, ¿y por qué se enojan las personas al hablar de política?

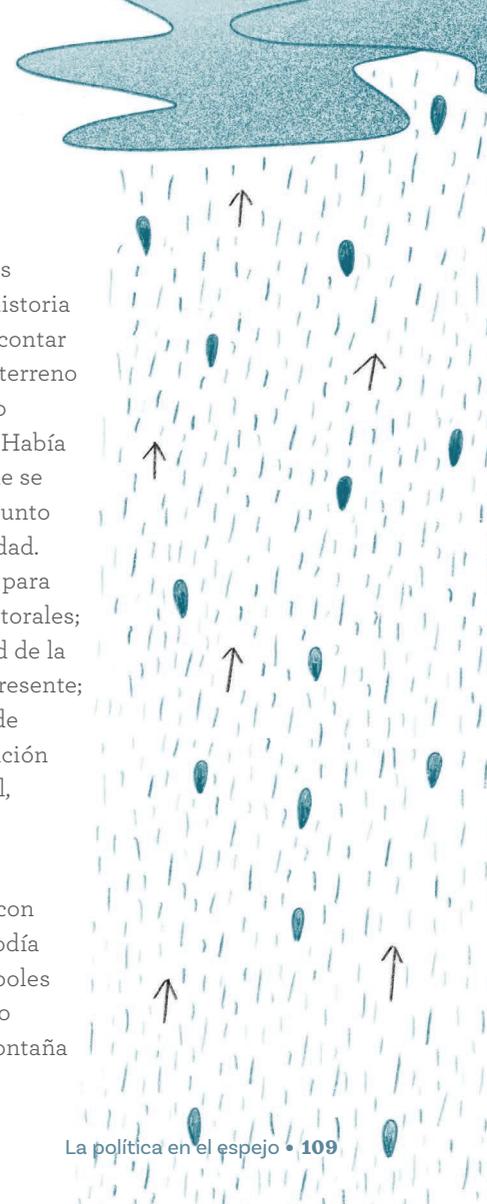
¡Ah! Esas eran las preguntas que Emilio quería que aparecieran en su fábula sobre las historias, preguntas aparentemente difíciles, preguntas con las que al menos en un primer momento nadie iba a querer meterse. Entonces, ya tenía su primer humano, Alicia, y con ella las preguntas que iban apareciendo, rondándola, tomando forma. Ahora esas preguntas tenían que transformarse en historia. Emilio, que había crecido yendo a Estanque Cinema y que había aprendido a pintar con tarsio, sabía que las historias se cuentan tanto con palabras como con imágenes, y mientras pensaba en esto fueron apareciendo en su cabeza otros dos humanos, fueron cobrando forma, fueron haciéndose presentes.

Necesitaba uno que convirtiera las preguntas de Alicia en historias, necesitaba otro que convirtiera esas historias en imágenes. “Porque lo que se cuenta así”, pensó, “queda en uno más hondo”. Y en la sombra de su pensamiento aparecieron, palabra e imagen, y les buscó nombres y los nombres fueron también apareciendo, como la montaña que late tras la niebla hasta que el sol despeja lejanías. Lucas y Daniela, eran ellos quienes contarían y trazarían las preguntas, quienes harían de la curiosidad palabra y color.

Lo vio todo Emilio, como si dentro de su cabeza la historia ocurriera en relámpagos. Vio a Alicia buscando cómplices para contar sus preguntas, la vio conversando con Lucas para pedirle que sumara sus palabras, la vio conversando con Daniela para que sumara sus dibujos, y vio que uno y otra le decían “sí”, y vio las conversaciones convertirse en búsqueda. Vio el taller de Daniela, como el del tarsio, con lápices desperdigados en los rincones y lienzos donde iban apareciendo los contornos. Vio las manos de Lucas, como las suyas mismas, siguiendo el giro del alfabeto para buscar la palabra que va después de otra palabra. Lo vio, ¿y qué era lo que escribían, y qué era lo que dibujaban, y cómo habían encontrado las preguntas de Alicia su molde ideal? La imaginación de Emilio se acercó a las hojas para ver cómo contaban sus preguntas importantes los seres humanos, y lo que vio allí, lo que encontró, le sorprendió.

Sus personajes, Alicia, Lucas y Daniela, escribían sobre los demás animales del bosque. Había una historia sobre Agustina y su cámara para contar cómo la vida cotidiana puede ser terreno de representación y ejercicio de lo político en la pantalla de un cine. Había una historia sobre Indira, en la que se proponía a la amistad como un asunto necesario para la vida en comunidad. Había un cuento sobre Margarita para preguntarse por las prácticas electorales; y uno sobre tortuga y la necesidad de la memoria en la construcción del presente; y otro sobre búho y la liberación de los libros como ejercicio de formación crítica; ¡había incluso uno sobre él, Emilio, el pangolín, y sus procesos de escritura!

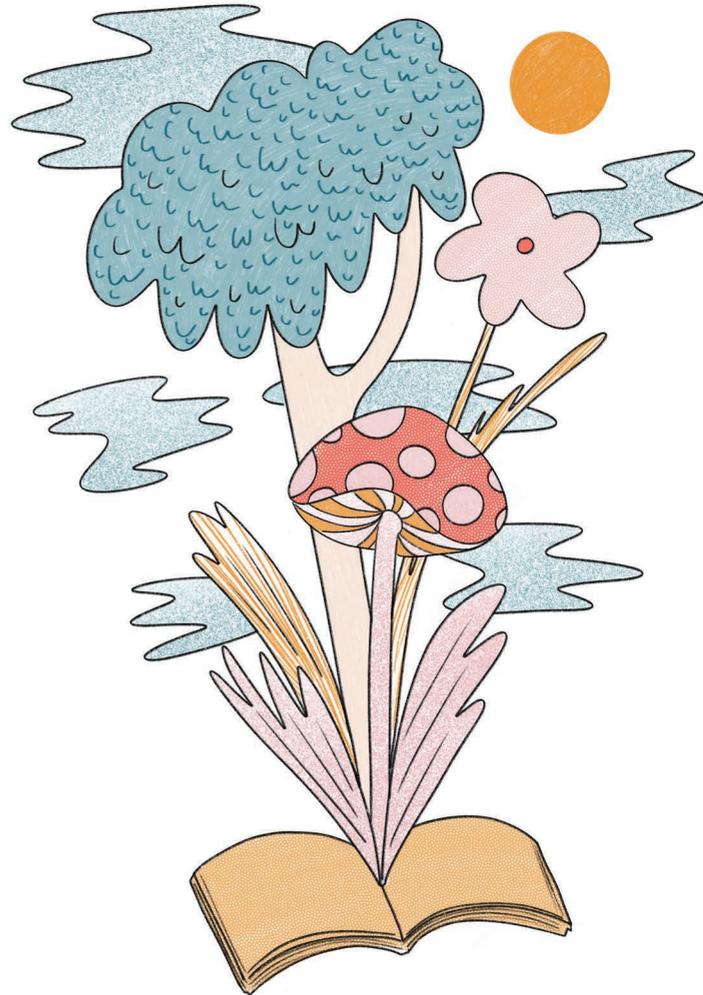
Entonces fue claro. Pasaba como con los árboles y el bosque. Uno no podía ver el bosque si estaba con los árboles cerca; para ver el bosque completo había que alejarse. Subir a una montaña



cercana, por ejemplo. Por eso para hablar de su escritura y de las historias, Emilio había empezado a pensar en los humanos, por eso sus personajes para hablar de política se le aparecían contando historias de animales: a veces necesitamos la excusa de la distancia, pero en el fondo, así como Emilio estaba hablando sobre él y los demás animales del bosque al hablar de los humanos, ellos estaban hablando de sí mismos cuando hablaban de los animales del bosque. Ese era el truco, ese era el gran giro que la imaginación permitía. Cuando imaginamos podemos traducir lo complejo en lo simple y al hacerlo nos atrevemos a contemplarlo desde otros puntos de vista.

Eso era, esa era la historia que iba a contar, la historia de Alicia y Lucas y Daniela que se reunían para contar lo complejo y lo maravilloso, lo sencillo y lo cotidiano, lo mágico y lo cercano. La historia de como siempre nos hemos hecho preguntas. La historia de como siempre hemos contado cuentos. La historia de como siempre hemos buscado la belleza. Emilio supo que tenía que escribir, y empezó a hacerlo desde el comienzo hasta el final. Convencido, eso sí, de que el último punto no era en realidad el fin de nada, porque toda buena historia se sigue contando siempre, porque toda buena historia no termina con un punto sino con un signo de interrogación.

Y tú, lector, ¿qué historia vas a contarnos?



## Actividades para después de leer

### Extender la conversación

¡La última actividad de este libro es que lo compartas! Para esto necesitarás recordar los motivos por los que vale la pena que otros lo lean. Te proponemos las siguientes preguntas de autorreflexión, que además te ayudarán a encontrar nuevos cómplices para hacer llegar esta obra a más personas.

- ¿Qué transmite este libro a sus lectores?
- ¿Qué te parecieron las fábulas y las actividades propuestas?
- ¿A quién crees que le puede gustar?
- ¿A quién crees que le puede servir como instrumento pedagógico, como herramienta para enseñar y aprender?

Escribe el nombre de las primeras personas a las que se los harás llegar:

| Nombre | Correo electrónico | ¡Enviado! |
|--------|--------------------|-----------|
|        |                    |           |
|        |                    |           |
|        |                    |           |



Este libro se publica junto a la Fundación Konrad Adenauer en el 2021, un año en el que el mundo cambió, creo que para bien.

Espero que los haga soñar y acercarse con cariño a la política, con el mismo cariño con el que creamos este proyecto.

Agradezco a Silvana, a Emma, a mi mamá, a María Paula, a Mateo y a Pablo que, junto a Lucas y Daniela, le pusieron sus ojos, manos y corazón a este proyecto.

**Alicia.**

[www.lapoliticaenelespejo.com](http://www.lapoliticaenelespejo.com)

# La política en el espejo

Es un proyecto educativo que nació en el año 2020, en una alianza entre la politóloga Alicia Peñaranda y la Fundación Konrad Adenauer, con la misión de hablar sobre política, no desde conceptos teóricos y formales, sino a través de la vida cotidiana.

La política en el espejo, pretende acercar a nuevos públicos, partiendo de la base de que la política está presente en más cosas de las que pensamos. Este libro de fábulas sobre temas humanos de todos los tiempos, busca que los lectores tengan un acercamiento literario, reflexivo y cercano con asuntos públicos como las elecciones, la participación, el diálogo, el liderazgo, entre otros.

**¡No necesitas saber de política para disfrutarlo!**

 @Lapoliticaenelespejo